7137

# GALERIA DRAMATICA

## COLECCION

### DE LAS MEJORES OBRAS

### DEL TEATRO

### ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

### Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

# CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª part
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª par
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza.
¡Es un bandido!

# MI HONRA POR SU VIDA.

DRAMA

EN TRES ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| CLARA DARBOIS. . . . . | *D.ª Matilde Diez.* |
| PABLO DARBOIS, *su hijo.* | *D. Julian Romea.* |
| ERNESTINA DE SEVRIN. . | *D.ª Teodora Lamadrid.* |
| HÉMERY, *médico.* . . . . | *D. Pedro Sobrado.* |
| FORESTIER, *médico* . . . | *D. Lázaro Perez.* |
| CRISTÓBAL. . . . . | *D. Antonio de Guzman.* |
| LEONARDO. . . . . | *D. Manuel Garcia.* |
| UN JUEZ. . . . . | *D. Lorenzo Ucelay.* |
| DEPENDIENTES DE JUSTICIA . . . . . | |
| MOZOS . . . . . | |

*La escena es en Normandía; en la fábrica de hilados de Clara Darbois.*

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

# Acto primero.

Un jardin. En el foro una berja con puerta en el centro. A la derecha puerta grande, y encima un rótulo que dice: *Entrada al taller.* A la izquierda un peristilo que da entrada á las habitaciones de la casa. Bancos y sillas de jardin. Delante del peristilo un velador de piedra.

## ESCENA PRIMERA.

(*Suena una campana dentro del taller. A poco salen unos oficiales y mozos, y se van por el foro.* CRISTOBAL *sale con ellos.*)

*Cristobal.* Ea, á hacer por la vida: yo me quedo á almorzar aqui en el jardin. (*Murmullo entre los oficiales.*) Eh? qué es eso? quién gruñe? Cuidado que yo me llamo Cristobal, y tengo mas puños todavia que el santo bendito... Quereis verlo?.. Hola, hola! Largo de aqui... y á las diez en punto en el taller. Al que se atrase un minuto yo le haré ser perezoso otra vez. (*Todos desaparecen: Cristobal baja al proscenio tosiendo.*) Ay! siempre se me olvida que el estado de mi físico no me permite ejercitarme en la gimnástica. Este pecho no está bueno.— Afortunadamente la señora ha mandado llamar al señor Forestier, el médico, y aqui podré pillarlo al paso y lograr que me haga una visita gratis. Famoso médico es el tal Forestier! qué fama tiene en toda esta comarca! (*Sentándose en un banco y sacando provisiones.*) Y lo que es yo, sigo exactamente sus

677592

mandatos. (*Come y bebe.*) Me ha mandado nutrirme bien. La señora le ha hecho llamar porque tiene aprension de que el señorito Pablo está malo del pecho. Peor estoy yo... Ay!... Asi que como algo me da una sequedad en el paladar... (*Bebe.*) Ya va pasando. (*Aparece Forestier por el foro; se rie al ver á Cristobal y se acerca.*) Ello es que el médico me ha dicho: Cristobal, tú debes comer y beber todo lo que te pida el cuerpo; un enfermo necesita cuidarse...

## ESCENA II.

CRISTOBAL. FORESTIER.

*Forestier.* Y usted, fiel observador de su mandato, no escasea las medicinas.

*Cristobal.* Ay, que está aqui mi salvador!

*Forestier.* Vamos, qué tal le va á usted con el régimen que le he impuesto?

*Cristobal.* (*Guardándose en los bolsillos los restos del almuerzo.*) Ya me voy acostumbrando poco á poco.

*Forestier.* Siga usted observándolo, y le ofrezco una curacion pronta y radical.

*Cristobal.* De veras? usted tiene esperanzas, eh?

*Forestier.* (*Riendo.*) Sí, sí: siga usted el régimen con constancia, y yo respondo.

*Cristobal.* Usted responde?... conque no me moriré en la flor de mis años? Ay, señor Forestier, yo soy pobre... no tengo ahorros... pero cúreme usted y le daré la mitad de mi jornal.

*Forestier.* Oh! el honor que me resultará de una cura tan maravillosa, es suficiente recompensa para mí. Ea, adios, la señora Clara Darbois me ha mandado llamar, y voy...

*Cristobal.* No, señor; puede usted esperarla aqui conmigo: la señora está fuera, y me ha encargado que le haga á usted compañia mientras vuelve.

*Forestier.* Y vendrá pronto?

*Cristobal.* Sí, señor. Vaya, no podia usted entretanto recetarme algo?

*Forestier.* Vamos á ver: qué podria yo recetarle á usted?

*Cristobal.* A ver, á ver! Pero antes le diré á usted los

síntomas. En primer lugar, yo como mucho, mucho, muchísimo... Y eso algo indica.

*Forestier.* Algo!

*Cristobal.* Ya lo decia yo!

*Forestier.* Y probablemente dormirá usted lo mismo que come?

*Cristobal.* Oh! diez ó doce horas de un tiron... Qué le parece á usted?

*Forestier.* Hombre!...

*Cristobal.* Dicen que de noche es cuando uno se recarga... pero como estoy durmiendo, no lo siento.

*Forestier.* Y en cuanto á fuerzas, qué tal?

*Cristobal.* Cargo con siete arrobas... Verdad que eso no es natural?

*Forestier.* Siete arrobas .. qué atrocidad!

*Cristobal.* Pues!... cuando digo que estoy muy malo! Pero señor, es cosa de que esa maldita enfermedad ha de pasar revista á toda la casa? El primero que cayó fue el difunto señor Darbois, nuestro amo, que fue al hoyo hace cosa de diez años... Aun no habia usted venido á establecerse á este pais. Luego, despues del padre, cayó un hijo... el mayor...

*Forestier.* Sí; hará unos tres años...el pobre Enrique.

*Cristobal.* Es verdad.... lo que es ese.... usted le ayudó á salir de penas. (*Con misterio.*) Sea esto dicho entre nosotros, señor Forestier; porque si la señora me oyera hablar de ello, al momento me daba pasaporte...

*Forestier.* Es verdad: la orden de su ama de usted es terminante acerca de ese punto; y yo lo apruebo. En la situacion de Pablo, es preciso ocultarle esos antecedentes que podrian serle funestos.

*Cristobal.* Hasta ahora nada sabe: cuando murió su padre era él muy niño todavia para enterarse...

*Forestier.* Y luego, cuando esa terrible enfermedad se comunicó á su hermano, él marchó á Mompeller, á casa de su tia donde se dedicó á la pintura, y alli supo la muerte de Enrique.

*Cristobal.* Y en los seis meses que lleva aqui, nadie ha dicho una palabra que pueda hacerle caer en sospecha; pero todo será escusado... ello está de Dios, y el pobre Pablo enfermerá del pecho, y seguirá la suerte de su padre y de su hermano. Y lo peor es que yo tambien,

como hermano de leche del difunto señor Darbois, no hay remedio... tarde ó temprano... tendré que heredar la dichosa tisis... y morir ético. Aquí lo que hay que hacer es retardar uno todo lo que pueda el dia de... Si pudiera ir tirando así... unos cuarenta años... Conque, vamos, no olvide usted el recetarme algo.

*Forestier.* (*Sonriendo.*) Pues, señor, mi opinion es que siga usted el mismo plan.

*Cristobal.* Y cree usted que será suficiente el comer bien?.. Hoy creo que me he escedido un poco en la medicina.

*Forestier.* Y dígame usted, Cristóbal, cree usted que tengan fundamento ciertos rumores que corren, y de los cuales pudiera inferirse que la tristeza de la señora Clara Darbois no es únicamente por el mal de su hijo; sino que su patrimonio...

*Cristobal.* Algo hay de eso, señor Forestier. Desde la muerte del señor Enrique, la fábrica ha ido decayendo. Es que aquel estaba al frente de todo; pero el señor Pablo no tiene genio para eso, ni piensa mas que en cazar... y en pintar cuadros... Luego... yo no sé... ha habido quiebras... en fin, lo cierto es que los mozos estan descontentos porque se atrasan los jornales, y andan con que quieren largarse... y sino fuera porque yo los contengo, y cuando alguno chista le siento el puño...

*Forestier.* (*Aparte.*) Bien me habian dicho.

*Cristobal.* En fin, que no vendria mal la boda del señorito Pablo con la señorita Ernestina que trae buen dote... y con eso echaria aceite á la lámpara. Figúrese usted que esa niña, huérfana de padre y madre, con mas de 20,000 francos de renta... vive con su abuela... una señora enferma que el mejor dia estira la pata, y la deja otro tanto de renta!... Figúrese usted qué vuelo tomaria la fábrica.

*Forestier.* (*Aparte.*) Ah! es preciso estorbarlo á toda costa... esa boda destruye todas mis esperanzas.

*Cristobal.* Calla!... pues tambien hay quien dice que usted andaba de pretendiente á esa niña...

*Forestier.* Yo?... Qué!...

*Cristobal.* Vaya, no se enfade usted... lo dicen...

*Forestier.* Eh!... déjeme usted en paz.

*Cristobal.* Justamente viene aqui la señora. Hasta otra

vista, señor Forestier... Conque, el mismo régimen, no es esto? Bien está.—(*Aparte.*) Siento un peso en el estómago... no vendrá mal un paseo. (*Saluda á Clara que sale por el foro, y se va por el mismo sitio.*)

## ESCENA III.

FORESTIER. CLARA.

*Clara.* Ah! señor Forestier, ya adivinará usted el motivo porque le he llamado. Estoy con sumo cuidado por la salud de mi hijo querido, de mi Pablo!

*Forestier.* Señora, por qué se empeña usted en vaticinar tan funesta desgracia?

*Clara.* Porque veo en lo venidero lo que he visto en lo pasado: lágrimas y duelo! veo una tumba abierta, á la cual se va acercando á paso lento el último objeto de mi amor! En ella se han hundido ya dos vidas que eran mi alegria y mi felicidad!.. y no quiere usted que tiemble por la única que me queda?

*Forestier.* Lo que quiero es que confie usted mas en la Providencia y en mi celo, y que tenga usted esperanza, señora.

*Clara.* Ay! esos consuelos son dictados por la compasion; pero los presentimientos de una madre son siempre fundados: mi hijo lleva dentro de sí el gérmen de esa terrible enfermedad que mató primero á mi esposo y luego á mi hijo Enrique: herencia fatal que recogieron ambos al nacer!

*Forestier.* Pues yo creo, señora, que la presencia de Pablo disipará esos temores infundados.

*Clara.* Aun no ha vuelto de la caza. Y dígame usted: no es cierto que debe perjudicarle ese violento ejercicio á que se entrega con tanto ardor?

*Forestier.* Puesto que él no se resiente...

*Clara.* No importa: procure usted persuadirle á que cuide mas su salud, y cuente usted con la eterna gratitud de su madre.

*Forestier.* Si usted lo desea...

*Clara.* Y sobre todo, que no se le escape á usted, por Dios, una espresion imprudente; nada que le dé indi-

cios del estado de su salud. En una imaginacion tan exaltada como la suya, la menor sospecha bastaria para matarlo.

*Forestier.* Señora, soy médico, y Pablo es amigo mio: esto debe bastar á tranquilizarla á usted. Pero lo repito, usted exagera el peligro. No hay hasta ahora ningun síntoma que justifique esos temores; y Dios querrá que no tenga usted que llorar esa nueva desgracia.

*Clara.* (*Observándole.*) En ese caso... si usted me dice lo que siente... En su opinion de usted haré mal en dilatar por mas tiempo su enlace con Ernestina de Sevrin?

*Forestier.* (*Aparte.*) Dale con ese enlace!

*Clara.* Cree usted que puedo acceder á sus deseos, sin temer que transmita á sus hijos ese principio de muerte, esa cruel enfermedad de que él está libre segun usted afirma? No me responde usted?

*Forestier.* (*Con empacho.*) Mi opinion, señora, es que... Pablo es joven todavia... y tiempo tiene usted de pensar en casarlo.

*Clara.* (*Aparte.*) Cielos!

*Forestier.* Mi opinion es que por ahora...

*Clara.* (*Mirándole fijamente.*) Seria una imprudencia, no es cierto?

*Forestier.* Pasando algun tiempo... pronto...

*Clara.* (*Llorando.*) Sí... sí... Le entiendo á usted!... Pablo mio!... Pero si el arte no puede salvarlo, ofrézcame usted á lo menos prolongar una vida que está unida á la mia!

*Forestier.* Yo espero mas, señora, espero conservarlo al amor de su madre. Pero ha de seguir usted mis consejos: ha de tener usted confianza en mí.

*Clara.* Si no tuviera tanta, ya hubiera hecho llamar á un célebre facultativo de Mompeller, amigo íntimo de mi familia, y que para Pablo ha sido como un padre: el doctor Hemery, famoso profesor; ya le habrá usted oido nombrar.

*Forestier.* Hemery... sí; con efecto.

*Clara.* Pero yo quiero deberle á usted la vida de mi Pablo, y mi agradecimiento no tendrá límites.

*Forestier.* Cuente usted conmigo, señora... Pero se hace tarde... tengo muchos enfermos que visitar. Luego ven-

dré á ver á Pablo. Confianza, señora, confianza. (*Vase por el foro.*)

## ESCENA IV.

CLARA.

(*Se pasea silenciosa: déjase caer abatida en un banco; y alza las manos al cielo.*)

Dios mio! no tengo mas que este hijo!... no me lo quites! Haz que las palabras de Forestier no sean dictadas únicamente por el deseo de consolarme! Confianza, me ha dicho... Confianza!... Ah! no: esa palabra no salia de su corazon!... Me lo ha dicho por alentarme y nada mas! Los médicos hasta el último momento nos dan esperanzas: la humanidad les impone ese deber. (*Despues de una pausa.*) Un sepulcro!... eso es todo lo que en breve me quedará de mi hijo!... Y antes... la miseria!... La miseria para mi hijo!.. (*Sacando una carta.*) Esta carta de mi banquero de Rouen me dice que hoy debo pagar 60.000 francos... ó se me embarga la fábrica. Dios mio! un embargo!... una quiebra!... qué vergüenza!... Y sobre todo, mi hijo!... mi Pablo!... (*sollozando.*) Ah! todas las desgracias á la vez! (*Suena un tiro*) Qué es esto? (*Risas dentro.*) El es! (*Suena la campana en el taller: los mozos salen por el foro en tropel y se dirigen al taller. Pablo aparece por el foro en traje de caza con la escopeta al hombro, haciendo burla de los mozos.*)

## ESCENA V.

CLARA, PABLO.

*Pablo.* (*Riéndose*) Ah, ah, ah!... qué miedo llevan!... por un tiro!... (*Llegándose á Clara.*) Ay! loco de mí! siempre la he de asustar á V!... (*Abrazándola.*) Perdon, madre mia!

*Clara.* Por qué descargas siempre la escopeta al llegar á casa?

*Pablo.* Por qué?.... Quiere usted que se lo diga? Pues bien: sépalo usted, pero no se lo diga á Ernestina, porque se avergonzaria. Como su casa está al lado de la nuestra ese tiro es una señal en que hemos convenido para darle parte de que estoy de vuelta. (*Dando á los criados los arreos de caza.*) Toma, lleva esto á la cocina, y limpia la escopeta. (*Vase el criado.*)

*Clara.* (*Siguiendo con inquietud sus movimientos.*) Parece que hoy ha sido abundante la caza.

*Pablo.* He muerto una liebre y tres conejos.

*Clara.* Cómo te habrás cansado! Siéntate.

*Pablo.* Tres leguas escasas... no es nada!

*Clara.* Tres leguas en menos de cuatro horas... vamos, no tienes juicio! (*Haciéndole sentar.*) Siéntate, siéntate, hijo mio.

*Pablo.* Porque usted se empeña me siento; pero no...

*Clara.* Mire usted como suda! Jesus!

*Pablo.* Oh! pues esto no es nada. Si me hubiera usted visto antes, corriendo por el soto!

*Clara.* (*Limpiándole la frente.*) Si usted fuera complaciente y dócil, señorito, no iria á cazar tan lejos.

*Pablo.* Por mí!... Diga usted á los conejos que sean complacientes y se vengan mas cerca.

*Clara.* Salir en ayunas!... Por fuerza estarás desmayado: voy á decir que te traigan una taza de leche.

*Pablo.* No se moleste V... Si ya he almorzado cosa mas sólida... Entré en la casilla del guarda, y me comí un conejo asado, con ayuda de una botella de vino de Burdeos que me ha sabido á gloria.

*Clara.* Pablo, por Dios!... ya sabes que el vino no te hace provecho.

*Pablo.* Quién ha dicho eso?... El Sr. Forestier?... El médico?... Que me haga el favor de guardar sus recetas para los que esten enfermos. (*Tose.*) Aun tengo el polvo pegado á la garganta... (*Tose mas fuerte.*)

*Clara.* (*Asustada.*) Vamos... vamos á dentro... tomarás un poco de agua con azucar.

*Pablo.* No, no... aun debe haber aqui algo de vino... (*Bebe de su cantimplora.*)

*Clara.* Pablo!... qué haces!...

*Pablo.* Leche!... agua con azucar!... vaya, á V. se le figura sin duda que yo estoy malo.

*Clara.* (*Con viveza.*) Malo?... No, Pablo!... qué disparate!..... Al contrario..... nunca has estado mas sano y bueno...

*Pablo.* Por supuesto: nunca me he sentido mejor.. (*Viendo á Ernestina que se asoma por detras de la berja.*) Mire V!... parece que el tiro á producido su efecto.

*Clara.* Sí: alli viene Ernestina.

## ESCENA VI.

DICHOS. ERNESTINA. *Luego Cristobal y Leonardo.*

*Ernestina.* Buenos dias, señora.

*Clara.* (*Besándola.*) Adios, hija.

*Ernestina.* Buenos dias, Pablo.

*Pablo.* Adios, Ernestina.

*Ernestina.* (*A Clara dejando en un banco el cesto de la labor.*) Vengo á hacer labor á su lado de usted (*A Pablo.*) Hola, Pablo!... ya ha vuelto usted de caza!

*Pablo.* Hace un instante... Y al llegar le tiré el último tiro á un pajarillo... no lo oyó usted?

*Ernestina.* Yo no... no hice alto...

*Pablo.* (*Aparte.*) Embusterilla! (*Echando una mirada á su madre que se sonrie.*)

*Ernestina.* (*Aparte á Pablo.*) Y les has hablado ya á tu madre?

*Pablo.* (*Aparte á Ernestina.*) No me he atrevido.

*Ernestina.* Pues despacha!

*Pablo.* Al momento. (*Titubeando.*) Dime, Ernestina... no seria mejor que empezáras tú?

*Ernestina.* Yo?... Hombre!... á tí te toca... Anda no tengas miedo... yo ayudaré.

*Pablo.* Sí, como el otro dia... que apenas dije la primera palabra, echaste á correr.

*Ernestina.* Hoy te prometo tener mas valor. (*Durante este coloquio, Clara se ha sentado y ha sacado la labor; pero no quita los ojos de Pablo, el cual viene á colocarse á su derecha, y Ernestina á su izquierda.*)

*Pablo.* (*Con cariño.*) Querida madre....

*Clara.* Hijo mio!...

*Pablo.* (*Con empacho.*) Ernestina queria decirle á usted, no sé qué... y no se atreve.

*Ernestina.* No señor; que era usted. (*Aparte á Pablo.*) Anda!... no te da vergüenza de tener ese miedo?

*Clara.* Vamos, hijos, hablad sin temor.

*Pablo.* Va usted otra vez como el otro dia.. no á enfadarse, porque nos quiere usted mucho; pero sí á repetirme que soy demasiado joven para pensar en casarme con Ernestina... Pues yo tengo ya 23 años... y ademas; qué importa la edad?... Yo no hago en todo el dia mas que pensar en ella... ni ella mas que pensar en mí... verdad, Ernestina?

*Ernestina.* (*Con timidez.*) Mi abuela dice que Pablo tiene mucho juicio...

*Pablo.* Y su abuela es una señora de mucha penetracion! Vaya!

*Clara.* (*Abrazándolos.*) Dios sabe lo que me cuesta afligiros, hijos mios!... Pero... puede que algun dia os alegreis de mi negativa... en particular tú, Pablo!

*Pablo.* Qué dice usted?

*Clara.* (*Conteniéndose.*) Nada.. Digo que... dentro de dos ó tres años, si os quereis del mismo modo...

*Pablo.* (*Exaltado.*) Dos ó tres años dice usted?... Dentro de tres años puedo haberme muerto!

*Clara.* (*Alterada.*) Muerto!

*Cristobal.* (*Detrás de la berja.*) Por aquí, caballero, por aqui: la señora debe estar ya en casa. (*Sale seguido de Leonardo.*)

*Clara.* Qué hay, Cristobal?

*Cristobal.* Nada... este caballero que pregunta por usted. (*A Leonardo.*) Ahí tiene usted á la señora. (*Aparte.*) Todavia tengo peso en el estómago!

*Leonardo.* (*Saludando.*) Es la señora Clara Darbois á quien tengo el honor...?

*Clara.* La misma, caballero. Puedo saber?...

*Cristobal.* (*Aparte.*) Y algo de calentura tengo!

*Leonardo.* Yo me llamo Leonardo, señora, y soy representante del Sr. Duvril, su banquero de usted en Rouen.

*Clara.* (*Aparte.*) Tan pronto!—Bien está: Cristobal, déjenos usted.

*Cristobal.* (*Aparte yéndose.*) Estoy por hacer llamar al médico! (*Se va al taller.*)

## ESCENA VII.

CLARA. PABLO. ERNESTINA. LEONARDO.

*Pablo.* (*En voz baja.*) Nos iremos, madre.

*Clara.* (*Id.*) No, quedaos, hijos... y juzgad vosotros mismos si puedo consentir en vuestro enlace. (*Aparte á Leonardo.*) Puede usted hablar, caballero.

*Pablo.* (*Aparte asombrado.*) Qué es esto?

*Leonardo.* Crea usted señora, que esta comision me repugna sobre manera! Pero mi obligacion me manda cumplir con las órdenes de mi principal.

*Clara.* Siga usted: estoy dispuesta á todo.

*Leonardo.* Ya sabe usted que la próroga concedida para el pago de los 60.000 francos que es usted en deber á la casa de Duvril, ha espirado hace tiempo...

*Pablo.* (*Aparte.*) Sesenta mil francos!

*Leonardo.* Y tengo órden, si no está usted en disposicion de aprontar esa cantidad...

*Clara.* (*Con resignacion.*) De intimarme que salga de esta casa, segun dispone la ley... Es muy justo, caballero.

*Pablo.* (*Aterrado.*) Qué oigo!

*Leonardo.* La hipoteca que asegura al Sr. Duvril la propiedad de esta fábrica, como garantía de ese crédito está en toda regla; y por consiguiente la espropiacion es ejecutiva dentro de las 24 horas; pero el Sr. Duvril, sabedor de las desgracias de todo género que ha esperimentado usted de algun tiempo á esta parte, me ha encargado que la conceda á usted en su nombre una próroga de dos meses, pasada la cual, y no verificándose el pago, se verá en la precision de desalojar á usted.

*Pablo.* (*Aparte.*) Dos meses solamente!...

*Ernestina.* (*Aparte á Pablo estrechándole la mano.*) Pablo!... si me amas, los dos salvaremos á tu madre!

*Pablo.* (*Aparte mirándola.*) Será posible!

*Clara.* (*A Leonardo.*) Sírvase usted hacer presente mi gratitud al señor Duvril; pero creo de mi deber decir á usted que á no ser por un milagro el plazo que su generosidad me concede será completamente inútil porque no tengo esperanzas...

*Leonardo.* Ya le he hecho á usted saber las intenciones

de mi principal, señora, permítame usted ahora que me retire. (*Saluda y se va por el foro.*)

## ESCENA XVIII.

PABLO. ERNESTINA. CLARA.—*Luego Forestier.*

(*Un momento de silencio.*)

*Clara.* (*Sollozando.*) Y bien, hijos mios?...

*Pablo.* Madre mia, ahora con mas empeño le pido á usted que consienta en nuestra union... Lo que negaba usted á las súplicas de un amante concédalo usted á las lágrimas de un hijo!

*Ernestina.* Sí, sí!... consienta usted en nuestra union!

*Clara.* Cómo, Pablo!... Despues de lo que has oido...

*Pablo.* Ernestina será feliz siendo mi esposa, y ayudándome á conservar sin mancha el nombre de mi padre.

*Clara.* Tu padre, si viviera, no querria salvar su honor á ese precio!

*Ernestina.* Por Dios!.... por Dios!.... Llámeme usted su hija!

*Pablo.* Ya lo oye usted... Ah! madre mia! madre mia!... salve usted el honor de nuestro nombre!

*Clara.* Pablo! Pablo!... eso que me pides seria una bajeza que la presencia de Ernestina me estaria recordando á cada paso!

*Pablo.* Ernestina, dice usted? Ah! madre! una mirada suya me ha bastado para conocer que debo contar con ella para salvar el honor de mi madre.

*Ernestina.* Sí, Pablo, sí!... Tú sabes leer en mi corazon!

*Clara.* (*Azorada.*) Dios mio!... inspírame!...

*Pablo.* (*Con fuego, á Forestier que sale.*) Ah!... llegue usted amigo mio, llegue usted!... ayúdeme usted á convencer á mi madre... dígala usted que el dilatar nuestra union un solo dia será desesperarme... será matarme!...

*Clara.* Dígale usted que él sería mas bien quien me maldeciria.. Dígaselo usted... usted que sabe por qué no puedo por qué no debo consentir en este enlace?... (*Aterrada.*) Pero no! Dios mio! No le diga usted nada! nada!

*Forestier.* (*Con pausa.*) Honrado á la vez con la amistad de Pablo... y con la de usted, señora... me abstendré de

tomar parte ni en pro ni en contra suya... dejando en esta grave circunstancia que la prudencia de usted obre con el tino que acostumbra.

*Clara.* ( *Abatida.* ) Dios mio!.... y qué he de resolver?.... (*Viendo á Pablo que se ha arrojado en un banco y yendo hácia él.*) Qué desesperacion es esta!... Pablo!.... Pablo!... hijo mio!... por piedad!...

*Pablo.* ( *Llorando.* ) Madre!... madre!... si usted me quiere... si respeta usted la memoria de mi padre... en nombre del Cielo, consienta usted!... ó me muero!...

*Clara.* (*Sin poder contenerse.*) Ah! y duda que le amo!... qué agitacion!... qué dolor!... yo no puedo mas!...

*Forestier.* (*Aparte con inquietud.*) Cielos!.. qué va á hacer?

*Clara.* Ernestina!... Pablo!.. hijos mios!... venid; venid á mis brazos!...

*Pablo y Ernestina!* Ah! (*Los tres se abrazan.*)

*Forestier.* (*Aparte.*) Va á ser dueño de Ernestina y de su caudal! Ah! no!... eso no!

*Pablo.* Madre!... madre mia!

*Ernestina.* Cuente usted siempre con mi gratitud y mi amor!... Pero mi pobre abuela que está postrada y no puede presenciar nuestra alegria!... voy, voy á que sepa mi felicidad... Pronto... pronto vuelvo. (*Vase corriendo por el foro. Clara cae sin fuerzas en una silla: Pablo está á sus pies.*)

*Forestier.* ( *Aparte.* ) Sí: esto es lo que haré... Pero Dios mio!... (*Titubea , y al fin se decide.*) Vamos! no queda otro medio de impedir esta boda! (*Vase por el foro sin que lo observen Clara ni Pablo.*)

## ESCENA IX.

PABLO, CLARA.

*Pablo.* No me cansaré, madre mia, de manifestarle á usted mi gratitud, lo que usted me ha dado es la vida, la felicidad!

*Clara.* Tanto amas á Ernestina, Pablo?

*Pablo* Casi tanto como á usted, madre mia.

*Clara.* (*Abrazándolo.*) Pablo!... (*Aparte con dolor.*) Dios justo! muera yo antes que él!

*Pablo.* Qué tiene usted? por qué aparta usted los ojos de mí?... por qué son esas lágrimas?

*Clara.* Por qué han de ser!

*Pablo.* Duda usted que seremos felices? Ah! no: la vida que nos espera confio en Dios que será larga y dichosa. Unidos los tres, qué puede afligirnos?... Porque nunca nos separaremos... y usted verá llegar su vejez, querida y mimada por dos hijos que la deben su felicidad!

*Clara.* (*Queriendo contener sus lágrimas.*) Calla Pablo, calla!... Lo que ha de ser, solo Dios puede saberlo!

*Pablo.* (*Levantándose.*) Ea, hablemos de nuestro plan de vida.

*Clara.* (*Aparte.*) Su plan de vida!

*Pablo.* Qué hermoso corazon tiene! Cuánto la amaré! Y sepa usted que nuestra delicadeza no sufre la menor tacha: trato yo de hacer que el dote de Ernestina produzca en mis manos: trato de hacerme un capital igual al que ella trae. Usted me dirijirá; porque estoy resuelto á dejar esta vida ociosa, y convertirme en gefe y director inteligente de nuestra fábrica.

*Clara.* Tú?...

*Pablo.* Sí señora: rescatar el tiempo que he perdido, ser lo que fué mi padre... lo que fue mi hermano... un fabricante útil y laborioso. Está decidido. En cuanto dé la mano á Ernestina, se acabó el cazar, se acabó el pintar... á mi escritorio... allí todo el dia haciendo números... ó en el taller inspeccionando... trabajando yo mismo.. levantándome el primero y acostándome el último ..... Así daré ejemplo á los demas..... Ya verá usted!

*Clara.* (*Asustada.*) Pero eso, Pablo, es superior á tus fuerzas!

*Pablo.* Qué manía! Por su gusto de usted me cuidaria yo como una doncellita! Vaya! cuando estoy lleno de salud y de robustez...

*Clara.* Pablo!... reflexiona...

*Pablo.* Nada: ya lo he reflexionado; tambien yo tengo orgullo, madre, y quiero que Ernestina vea que no es la esperanza de una vida regalona y opulenta lo que me ha hecho aceptar su mano. (*Desorden y gritos en el taller.*)

*Clara.* Qué ruido es ese?

*Cristobal.* (*Dentro.*) Toma!... Toma tú!... qué tal, te ha sabido á rosquillas? Toma!

*Pablo.* Es la voz de Cristobal! (*Cesan los gritos y sale Cristobal.*)

## ESCENA X.

DICHOS. CRISTOBAL.

*Cristobal.* (*Mirando adentro y enseñando el puño.*) Holgazanes!... yo os enseñaré á dormiros sobre el telar!

*Clara.* Qué es lo que ha pasado?

*Cristobal.* Nada, señora, no haga usted caso. (*Tose.*) Pues! ya me han hecho toser... Ay! mi pecho! (*Mirando adentro.*) Ya podeis dar gracias á Dios, de que estoy tan débil, que sino veríais, tunantes!

*Clara.* Pero qué ha sido?

*Cristobal.* Figúrese usted que esos holgazanes dicen que no quieren trabajar, y todo bajo pretesto de que no se les paga... Ya les he pagado yo ahora, y en buena moneda!

*Pablo.* Cómo!... madre!...

*Clara.* Sí, hijo mio!... es cierto!

*Cristobal.* Lo que es á Juan Bautista, del primer puñetazo le he aplastado las narices. Pues á Toribio lo menos dos dientes le he roto de un metido, y al momento ha habido un silencio, que ni en misa.

*Pablo.* Madre, sígame usted al taller: su presencia de usted los calmará.

*Clara.* Yo iré sola: no quiero que tú te espongas.

*Cristobal.* Qué se ha de esponer! Al primero que respire lo hundo! (*Vuelven los gritos.*)

*Pablo.* Vamos, madre, vamos!

*Cristobal.* (*Remangándose.*) Otra! ahora vereis lo que es bueno! (*Vanse los tres al taller.*)

## ESCENA XI.

FORESTIER.

(*Sale por el foro con un papel.*)

Ha entrado en el taller con su madre... Y Ernestina no

está con ellos... (*Mirando.*) No; pero aquí debe volver, porque este es su canastillo de labor.—Y el medio que he pensado... sí, no hay mas que buscar una ocasion. No seria mejor dirigirme á Ernestina? No, no: ella lo contaria, y se podria dudar de la pureza de mis intenciones. Bien mirado, esto es lo mas seguro... sí: Pablo será quien renuncie de su propia voluntad á este enlace... y me deje el campo libre para verificar una union que es necesaria para mi bienestar... Sí; porque yo amo á Ernestina... y ademas mis acreedores de París, si no les pago, me perseguirán... y en un instante veré arruinada la fama que he sabido conquistarme en cuatro años de trabajo. Dado este paso, su abuela que me aprecia y distingue, me preferirá para esposo de su nieta, y solo tendré ya que vencer la repugnancia que pueda oponer Ernestina..... que nunca será escesiva, puesto que ya he ganado su amistad, y....—Ya salen del taller... es Pablo... viene solo... Perderé esta ocasion? No: ánimo, y demos el golpe. (*Siéntase junto al velador de piedra, de espaldas al taller.*)

## ESCENA XII.

FORESTIER. PABLO.

*Pablo.* (*Para sí.*) Las lágrimas y las promesas de mi madre los han ablandado. Aun no ha vuelto Ernestina. Es Forestier aquel?... Sí: qué está haciendo?

*Forestier.* Infeliz Ernestina!

*Pablo.* (*Aparte.*) Habla de Ernestina.

*Forestier.* Por fortuna aun no se ha verificado ese enlace que la haria infeliz!

*Pablo.* (*Aparte.*) Qué está diciendo?

*Forestier.* Esposa de Pablo! No: mi conciencia me manda salvarla de ese abismo.

*Pablo.* (*Aparte.*) Qué oigo? Dicen que él en otro tiempo la pretendia... Cielos!... si acaso Ernestina... Y esa carta que tiene en la mano?... si será para ella?

*Forestier.* (*Levantándose.*) Colocaré la carta entre esta labor, donde no dejará de encontrarla. (*Pone la carta en el canastillo.*)

*Pablo.* (*Aparte.*) Es esto un sueño!

*Forestier.* (*Aparte.*) Pablo me está viendo... Bueno!

*Pablo.* (*Aparte.*) Los dos me engañan! (*Dando un paso hácia él.*) Infame!... Pero no: con la prueba de su traicion en la mano, le confundiré mejor. (*Escóndese en el taller.*)

*Forestier.* Espera que me vaya. (*Se va hácia el foro.*)

*Pablo.* (*Saliendo.*) Ya se fue.—Vamos. (*Va hácia el canastillo.*)

*Forestier.* (*Aparte.*) No conviene que yo le pierda de vista. (*Se entra en el taller.*)

## ESCENA XIII.

PABLO.

Quiero apurar la verdad, aunque el descubrirla me mate! (*Registra el canastillo y saca la carta.*) «A la señorita Ernestina de Sevrin.» —Cerrada y sellada... No importa... si no veo lo que es me vuelvo loco. (*Rompe el sello, la abre, y sus ojos se nublan.*) Se turba mi vista! Ea, valor.—«Perdóneme usted, Ernestina, que desgarre su corazon, y que siéndome su felicidad de usted tan preciosa como la mia propia, la destruyá con una palabra; pero mas vale causar una herida que el tiempo debe cicatrizar, que consentir con mi silencio en que arrastre usted una vida entera de duelo y de lágrimas. No: mi conciencia no lo permite!»—Qué lenguage!...—«Mientras ese enlace no era mas que un proyecto cuya realizacion estaba distante, hubiera sido un crimen en mí descubrirle á usted este funesto secreto; pero las circunstancias han cambiado, y ya mi deber es otro. Ya que esa union es cosa resuelta, estoy en el caso de informar á usted acerca de lo que mi esperiencia y mis contínuas observaciones me han hecho descubrir en la situacion de mi desgraciado amigo; situacion que cada dia me infunde mas recelos.»—Se está burlando? Habla con formalidad? Dios mio! qué es esto?—«Yo le declaro á usted, pues, con la mano sobre el corazon y los ojos inundados de lágrimas, que Pablo Darbois...» (*Permanece un instante con los ojos fijos en el papel: luego dice:*) Qué he leido?... (*Frotándose los ojos.*) No:

no es posible... no dice tal cosa.—«que Pablo Darbois... está destinado á morir muy pronto... de la misma enfermedad que su padre y su hermano... Acuérdese usted que ambos fueron víctimas de una tisis... (*Deja caer los brazos desfallecido: un temblor se apodera de todo su cuerpo; luego repite balbuciente.*) Ambos fueron víctimas... Dios mio!... con que esa horrible enfermedad es la que dejó viuda á mi madre... y la que me arrebató á mi hermano!... Siempre me lo han ocultado! Por eso me alejaron de aqui, y me enviaron á pasar mi niñez al mediodia de la Francia.—Qué espantosa revelacion! Por eso eran las contínuas lágrimas de mi madre... sus perpétuos temores... Ah! qué tremenda verdad se presenta á mis ojos!... Tremenda, sí!... tremenda!... (*Procura serenarse y sigue leyendo.*)—«Esta enfermedad es hereditaria en las familias; y aunque ha habido y suele haber algunas escepciones á esta regla, Pablo Darbois, por desgracia no lo es.»—Dios mio!—«Afortunadamente para nuestro amigo, los tísicos son los últimos que conocen el estado en que se hallan. Y en cuanto á usted, Ernestina, antes de pensar en la dicha de ser esposa, piense usted que llegará á ser madre, y que un dia sus hijos maldecirán la existencia emponzoñada que han recibido de su padre!»—(*Largo silencio; contempla la carta; se pasa la mano por la frente; luego dice:*) Esta enfermedad es hereditaria... asi lo ha escrito! Sí, sí!... es hereditaria, asi lo ha escrito!... Qué horror... qué horror!... (*Silencio.—Luego dice, tocándose el pecho.*) Pues yo nunca he sentido el mas mínimo dolor... nunca! Sí; pero ya dice que son los últimos que lo conocen... Para los que estan en este estado la vida se va acabando tranquila y dulcemente... Sí; lo dice un médico... y Forestier... un médico de fama... (*Paseándose.*) Condenado á muerte! como mi padre, como mi hermano. A veinte y dos años, Dios mio! morir á veinte y dos años!... Con que todo se acabó para mí?... Felicidad! amor! todo! En mi casa la miseria, y en mi seno la muerte! Dios mio! en tí pongo mi última esperanza!—No, tampoco hay esperanza para mí! Condenado.... condenado á muerte! (*Cae en una silla.—Ruido en el taller.—Se levanta.*) Ya vienen! (*Delirando.*) Qué me quiere esa gente? Ah!... ya recuerdo!

*Voces.* (*Dentro.*) Viva nuestra ama! vivan los novios!

*Pablo.* Callad, callad! Esos gritos no son del caso... Gritos de muerte son los que deben resonar en los oidos de un sentenciado! Oigo la voz de mi madre!... mi madre!... Ah! quiero esconder esta carta para que nunca la vea... (*Guardándósela en el seno.*) Este secreto es para mí, para mí solo! (*Procura calmarse y componer su rostro.— Los mozos salen con algazara del taller, rodeando á Clara, á Forestier y á Cristobal.*)

## ESCENA XIX.

PABLO. FORESTIER. CLARA. CRISTOBAL. MOZOS. *Luego* ERNESTINA.

*Clara.* Sí, amigos mios; dentro de un mes será mi hijo Pablo esposo de Ernestina de Sevrin.

*Cristobal.* Ay! qué boda, qué boda! Para ese dia, señor doctor, es preciso que me haya usted curado ya radicalmente. (*Forestier se dirige sin afectacion al lado de Pablo.*) Ea, ahora el que no quiera seguir en el taller, abierta tiene la puerta. Hola! parece que... eh?

*Pablo.* (*A Forestier.*) Ha podido usted matarla de pesadumbre por quererla salvar; pero una feliz casualidad ha reparado su imprudencia de usted!

*Forestier.* (*En voz baja, fingiendo sorpresa.*) Acabe usted! (*Pablo asoma la carta que tiene en el seno.*) Qué veo!... La carta que escribí á Ernestina!

*Pablo.* (*En voz baja.*) Silencio! mi madre nos está mirando, y le costaria la vida!

*Clara.* (*Aparte.*) Qué pálido está!

*Ernestina.* (*Saliendo apresurada por el foro.*) Vengo á decirle á usted que mi abuela consiente, está loca de contento, y quiere que hoy mismo se firmen los contratos.

*Pablo.* (*Aparte estremecido.*) Los contratos!

*Forestier.* (*Aparte*) Qué hará?

*Clara.* Cristobal, vaya usted á avisar el notario.

*Cristobal.* Volando. (*Va á echar á correr.*)

*Pablo.* Es inútil!... Deténgase usted.

*Clara.* Inútil! por qué?

*Pablo.* (*Desfallecido.*) Por qué? (*Con esfuerzo.*) porque ya no me caso, madre! (*Asombro general.*)

*Ernestina.* Qué estás diciendo, Pablo?

*Pablo.* Este enlace es imposible!

*Clara.* (*Mirándolo con terror.*) Pues esta mañana, no me pedias de rodillas tú mismo el consentimiento?

*Pablo.* Esta mañana era usted quien tenia razon, madre! Lo he reflexionado, y me he convencido de que Pablo, arruinado como está, no puede aceptar honrosamente la mano de Ernestina.

*Clara.* (*Aparte.*) Dios mio! qué ha pasado aquí?

*Ernestina.* (*A Pablo en voz baja.*) Pablo! mira que es para salvar á tu madre... á tu madre! de la deshonra y la miseria!

*Pablo.* (*Aparte.*) A mi madre!... de la deshonra!—Pero mis hijos... mis hijos un dia me maldecirán... asi lo ha escrito... maldecirán á su padre... Ah! jamás. (*Se va precipitadamente y fuera de sí.—Todos quedan asombrados.*)

*Forestier.* (*Aparte.*) Ya respiro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# Acto segundo.

Un gabinete, habitado por Pablo. Dos puertas laterales: la de la izquierda da á su alcoba, la de la derecha al cuarto que ocupa el doctor Hemery. Puerta de entrada en el foro. Ventana á un lado que da al jardin. Chimenea con espejo encima. Una papelera, mesa, sillones, &c.

## ESCENA PRIMERA.

CRISTOBAL. ERNESTINA. *Luego* HEMERY.

*Cristobal.* (*Haciéndola salir con precaucion.*) Cuando le digo á usted que no está aqui... entre usted sin recelo.

*Ernestina.* Y dónde está su madre?

*Cristobal.* En su habitacion.

*Ernestina.* Y Pablo?

*Cristobal.* Ese escapó al amanecer.

*Ernestina.* Y dónde va tan temprano?

*Cristobal.* Qué sé yo! A pasearse... por aqui, por allí... á la orilla del mar... y siempre solo! Ni come, ni duerme; vamos, desde aquel dia que desbarató la boda se ha vuelto otro.

*Ernestina.* Pobre Pablo! Sentiria que me encontrase aqui, y sin embargo tengo que ver al doctor Hemery.... ese huesped que acaba de llegar.

*Cristobal.* Ah! ese viejo que lleva una cruz en la casaca... que llegó de Mompeller esta mañana? Y se llama Hemery? Es amigo de usted, señorita?

*Ernestina.* Sí: un buen amigo! Vea usted si se ha levantado, y dígale usted que estoy aqui.

*Cristóbal.* (*En voz baja.*) Antes, señorita, es preciso que

le cuente á usted una cosa que he descubierto hará unos quince dias.

*Ernestina.* Hable usted.

*Cristóbal.* Usted va á decir que es cuento, pero es la pura verdad, á fé de Cristóbal. Sepa usted que una mañana, al romper el dia, entré en el cuarto del señor Pablo, muy poquito á poco y sin hacer ruido, y le encontré... adivine usted cómo.

*Ernestina.* Trabajando?

*Cristóbal.* Sí y no. Estaba plantado delante del caballete con unos ojazos muy abiertos. Le doy los buenos dias... y nada! Ha de saber usted, señorita, que estaba de pie y dormido.

*Ernestina.* Qué dice usted! Pablo se habrá vuelto somnámbulo?

*Cristóbal.* Eso es: soñándulo.

*Ernestina.* Es posible? Y qué hizo usted?

*Cristóbal.* Tomé la puerta, lleno de asombro, y me largué. Qué me dice usted?

*Ernestina.* Cristóbal, no le diga usted á su ama lo que ha visto... la pobre tiene hartas pesadumbres.

*Cristóbal.* Seré mudo, señorita.

*Ernestina.* Bien. — Vaya usted á avisar al doctor Hemery, que tengo prisa.

*Cristóbal.* Calla!... mírelo usted... ahi sale. (*Aparece Hemery.*)

*Ernestina.* (*Yendo á su encuentro.*) Ah, señor Hemery!

*Hemery.* Ernestina!

*Ernestina.* Gracias á Dios que ha venido usted. — Cristóbal...

*Cristóbal.* Enterado, señorita. — Caballero, con permiso de usted...

*Hemery.* Mira; anda á la administracion de diligencias y pide de mi parte dos baules que estan rotulados con mi nombre. Los traes, y los colocas en mi cuarto.

*Cristóbal.* Está bien.

*Hemery.* Ah! pásate por casa del facultativo de tu ama, y dile que me haga el gusto de indicarte á qué hora estará desocupado para que yo pase á visitarlo.

*Cristóbal.* Corriente. (*Se va.*)

## ESCENA II.

HEMERY. ERNESTINA.

*Ernestina.* Ah! con cuánta impaciencia le esperaba á usted!

*Hemery.* Te agradezco esa confianza, hija mia... Sabes que desde niña te he querido mucho... Dame un abrazo!

*Ernestina.* Hablemos de Pablo.—Ya sabe usted lo que pasa, señor Hemery? Ya sabe usted que de repente se negó á darme su mano... y sin embargo, me quiere... ah, eso no puedo dudarlo.—Ahora bien, para haber roto tan repentinamente este casamiento que era el mas ardiente de sus deseos, preciso es que haya tenido un motivo muy poderoso: debe haberlo, no me cabe duda. Hasta ahora es un misterio, para su madre y para mí; pero usted lo descubrirá, no es cierto? Ah! prométame usted que lo descubrirá!

*Hemery.* Sí, hija mia, te lo prometo. (*Aparte.*) Nada sabe.

*Ernestina.* Usted hará que consienta en ser mi esposo..... Ah! es indispensable... porque no sabe usted cuanto ha cambiado su situacion. Los talleres estan desiertos: casi todos los oficiales se han marchado de la fábrica... La familia está arruinada, y de un momento á otro vendrán á echarlos de esta casa.

*Emery.* Lo sé todo.

*Ernestina.* Asi es que este enlace no lo deseo tanto por mi felicidad, cuanto porque Pablo es pobre, porque no le esperan ya en este mundo sino miseria y lágrimas!... y yo que soy rica, quiero salvarlo de la miseria; yo que le amo, quiero volverle á la vida y enjugar su llanto. No es este mi deber, diga usted?

*Hemerry.* Criatura noble y generosa! Ojalá pudiera yo ayudadar en tan digna accion! Pero no tengo bienes, ya lo sabes: he dedicado mi vida á consolar á la humanidad y no á enriquecerme. No importa: cuenta conmigo; el cielo ve mi intencion y me ayudará. Ten esperanza.

*Ernestina.* Le dejo á usted porque Pablo no tardará en volver, y me falta valor para verlo. Pero si averigua

usted algo, no olvide usted que le estoy esperando con ansia.

*Hemery.* Adios: ten valor, y confia en mí. (*La abraza.*)

*Ernestina.* Oh! en usted tengo una ciega confianza. Adios. (*Se va por el foro.*)

## ESCENA III.

HEMERY.

Sí; confia en mí!... aunque si he de dar crédito á los temores de su madre, qué podré hacer? De todos modos he debido callarle á esta pobre niña que la madre de Pablo me ha llamado para restablecer, si es tiempo aun, la salud de su hijo. (*Saca una carta.*) El fin de la carta me ha puesto en cuidado. (*Lee.*) «Venga usted en mi ausilio, porque Pablo se muere: no le conocerá usted segun lo desmejorado que está. El señor Forestier nuestro médico, que es íntimo amigo suyo, es un facultativo inteligente y zeloso, en quien tengo la mayor confianza; pero en usted la tengo sin límites. De rodillas le pido á usted que se ponga inmediatamente en camino; porque la enfermedad de mi hijo se aumenta por instantes, y es usted ya mi única esperanza.» —Cosa que mas me haya sorprendido!... Cuando se marchó de Mompeller, ocho meses ha, no presentaba el menor síntoma: al contrario; todas las señales eran de haber sacado la constitucion sana y robusta de su madre. Quién sabe!... puede que en estos ocho meses se haya desarrollado el mal repentinamente con tal fuerza!.. Eso es lo que da á entender la carta. Pero, señor, yo no puedo creer... Vamos, eso no... esas son vulgaridades!—En fin, este Forestier es amigo de Pablo... todos alaban el talento, el tino, la honradez de ese joven facultativo... él aclarará mis dudas, y veremos si entre los dos podemos volver el sosiego y la felicidad á esta familia que quiero tanto como si fuese la mia.

## ESCENA IV.

HEMERY. FORESTIER.

*Forestier.* (*Sale por el foro, algo turbado.*) Acaban de de-

cirme que un forastero que llegó anoche á casa de la señora Darbois deseaba verme, y me he apresurado á venir...

*Hemery.* Ese forastero es un servidor de usted.

*Forestier.* Ah! Y podré saber el motivo?

*Hemery.* El motivo es muy natural, compañero, y se lo diré á usted.

*Forestier.* Ah!... usted es facultativo, caballero?

*Hemery.* Sí, señor; médico de provincia, como usted..... llevo ya treinta años. Mi nombre no le será á usted desconocido; porque en esta casa le pronuncian con tanto aprecio como el de usted.

*Forestier.* Ah! el señor Hemery?

*Hemery.* Justamente; el doctor Hemery de Mompeller.

*Forestier.* (*Aparte.*) A qué vendrá?... Le habrá llamado Pablo? Tendrá conocimiento de mi carta?

*Hemery.* La profesion que ambos tenemos la honra de ejercer, nos permite usar recíproca franqueza. Yo la reclamo de usted, señor Forestier, me promete usted tenerla?

*Forestier.* Yo? ciertamente! Cómo no?

*Hemery.* Vamos al caso. Ya sabe usted que la señora Darbois ha concebido serios temores acerca de la salud de su hijo...

*Forestier.* (*Interrumpiéndole.*) Ah! es la señora Darbois quien le ha llamado á usted?

*Hemery.* No se ofenda usted... bien merece disculpa. No crea usted por esto que tiene menos confianza en sus luces de usted; y en la amistad que profesa usted á Pablo... nada de eso. Yo la tengo tambien, y solo deseo que me ilumine usted con sus consejos, y me indique lo que podré responder á esa madre desolada, cuando me exija que le declare si su hijo está ó no realmente poseido de una enfermedad mortal. ¿Qué me dice usted?

*Forestier.* (*Titubeando.*) Yo... compañero...

*Hemery.* Duda usted? (*Con dolor.*) Cómo!.. será cierto?.. Dios mio! ese silencio...—Basta: ya comprendo!.. (*Sacando la carta de Clara.*) Es una verdad lo que contiene esta carta!

*Forestier.* (*Yendo á tomarla muy turbado.*) Qué carta? De quién es esa carta?

*Hemery.* (*Mirándole con admiracion.*) De su madre.

*Forestier.* (*Aparte.*) Ah!.. no es la mia.

*Hemery.* Desgraciado Pablo! Quién lo hubiera dicho hace algunos meses!—Con que... su opinion de usted es que no hay remedio?... qué no hay esperanza?

*Forestier.* Yo... asi lo temo!... Pero estando usted aquí.... puede que su esperiencia... sus luces... consigan...

*Hémery.* Lo mismo podré yo que usted. Qué ha de hacer el médico, en un caso en que la medicina es impotente? Qué puede el arte contra los decretos de Dios?

*Forestier.* Sin embargo... puede que esta conviccion mia... cuya revelacion no he querido hacer hasta ahora á pesar de las súplicas de su madre.... sea errónea quizá.... puede que el riesgo me haya parecido á mí mas inminente de lo que es en realidad...

*Hémery.* Ah! Dios quiera que los temores que ha sentido usted como amigo, le hayan ofuscado como médico! — Pero no!... Cuando usted lo afirma... es locura dudarlo —Y oigame usted, sabe él cuál es su estado? Conoce que se acerca su hora?

*Forestier.* Todo me hace creer que no lo sospecha.

*Hemery.* Pues ese casamiento que deshizo él mismo de repente... Esa oposicion tenaz á unirse con una jóven á quien ama tanto!...

*Forestier.* No sé: lo que es delante de mí nunca ha manifestado temor alguno por su salud.

*Hémery.* Entonces, si la ruptura del casamiento nace de otra causa, debe habérsela confiado á usted, que es tan íntimo amigo suyo.

*Forestier.* No, señor: en este mundo suele haber secretos que no se confian al mayor amigo.

*Hemery.* Sí; es cierto: el corazon tiene á veces misterios.... Pero siento pasos... será él.—No: es su madre. (*Aparece Clara.*) Ah: no le digamos todavia que sus temores son fundados.

## ESCENA V.

DICHOS.—CLARA.

*Clara.* Ya se han hablado! (*Llega pausadamente y alarga á entrambos la mano.*) Gracias, amigos mios!.. Gracias...

*Hemery.* Usando de la licencia que usted me dió, he descubierto al señor Forestier el motivo de mi venida...

*Clara.* (*Mirando trémula á uno y á otro.*) Y qué?

*Hemery.* (*Echando á Forestier una mirada de inteligencia.*) El señor opina como yo, que los temores de usted son exagerados... que el riesgo, si existe, es todavia lejano y fácil de combatir... que la razon debe imponer silencio á unos recelos que hasta ahora no tienen fundamento...

*Clara.* Si esas palabras son sinceras, Hemery... si no es que se han puesto ustedes de acuerdo para consolarme... asi que ustedes vean á Pablo mudarán de lenguaje. Que imponga silencio á mi dolor, dicen ustedes? Ah! lo que mas me aflige, lo que mas me aterra es verle aparentar alegria, cuando yo descubro en su sonrisa una amargura profunda. Siempre que me abraza sus labios son ascuas que queman... y muchas veces, á pesar del cuidado con que disimula en mi presencia; le he sorprendido llevándose tristemente la mano al pecho!

*Forestier.* Pues yo; que le observo mucho; no he notado nunca...

*Clara.* Otras veces, despues de estar un rato fingiendo alegria y satisfaccion, huye de mí y se va á los sitios mas solitarios. Allí se pone á leer un libro... que siempre es el mismo, y cuya lectura parece interesarle infinito: y cuando no es el libro; es una carta lo que lee..

*Forestier.* (*Aparte.*) Cielos!

*Hemery.* Una carta?

*Clara.* Dos meses hace que no tiene otra distraccion, y lleva ambas cosas siempre consigo. Esa carta, amigos mios, estoy persuadida de que es la causa de su dolor. Le he visto ya mil veces, pálido, lloroso, absorvido, con esa carta misteriosa en la mano... ya contemplarla desencajado... ya cubrirse con ella el rostro, sollozando!... y al menor ruido esconderla apresurado, y mirar inquieto al rededor. Si alguno se llega á él, su semblante se anima, y empieza á hacer esfuerzos para hacer creer que está alegre y contento.

*Hemery.* No sospecha usted (*A Forestier.*) de quién será esa carta, ni qué contendrá?

*Forestier.* No señor: nunca he podido descubrir... Yo no me atrevo á preguntárselo.

*Clara.* Cómo tarda!

*Forestier.* (*Tomando el sombrero.*) Voy á ver si está en el jardin, y le diré que venga.

*Clara.* Ya se va usted señor Forestier?

*Forestier.* (*Sacando el reloj.*) Asi que vea á Pablo, me marcho á Rouen... me han llamado para una junta.

*Clara.* Y cuándo volverá usted?

*Forestier.* Pasado mañana.

*Hemery.* Si durante sú ausencia, necesita usted buscar quien le supla con sus enfermos, me tiene usted á su disposicion.

*Forestier.* Acepto con mucho gusto, y doy á usted mil gracias.

*Clara.* Hemery!... mírelo usted!... diga usted si yo exagero!.. allí está junto á aquel árbol... (*Mirando por la ventana.*)

*Hemery.* (*A la ventana.*) Y con la carta en la mano!

*Forestier.* (*Aparte.*) Me quedaré: es preciso que yo le hable.

*Hemery.* Ya nos ha visto.

*Clara.* Qué decia yo!... Mire usted como la esconde... Ya le ha conocido á usted.

*Hemery.* (*Haciéndole señas.*) Ven acá, hombre! ven que quiero darte un abrazo.

*Forestier.* Ya viene.

*Clara.* Obsérvele usted con mucho cuidado.

*Hemery.* Fíe usted de mí.

## ESCENA VI.

DICHOS.—PABLO.

*Pablo.* Oh! señor Hemery!... usted por acá! (*Abrazándole.*)

*Hemery.* Y qué he de hacer sino venir á verte, ya que tú no te dignas dar razon de tu persona?

*Pablo.* Esa reconvencion me lisonjea, porque me prueba el cariño que usted me tiene. Pero yo no sabia que usted hubiese venido. Sin duda acaba usted de llegar?

*Hemery.* Llegué á las cuatro de la mañana; pero no quise dispertarte... y tampoco á mí me venia mal dormir un rato.

*Clara.* Cómo has pasado la noche ?

*Pablo.* Yo?—Toma, perfectamente.

*Clara.* Anoche parecia que estabas desazonado.

*Pablo.* Desazonado yo? Calle usted, madre. A ver; Hemery, usted que es inteligente... verdad que es aprension de mi madre?—Ahora se ha empeñado... (*Dándole la mano.*) vaya, vaya!..... vendrá usted á pasar una temporada con nosotros?

*Hemery.* Sí: por supuesto...

*Pablo.* (*Con tristeza.*) Amigo, nuestra situacion ahora no es tan lisonjera, ya sabe usted el motivo; pero haremos lo posible por obsequiarlo á usted.— El señor Forestier, que tengo el honor de presentar á usted, nos ayudará en lo que pueda...

*Forestier.* Oh! ya hemos hecho conocimiento.

*Pablo.* Ah! pues ya sabrá usted que tambien es de la facultad... Vamos, hablarán ustedes de medicina, si eso les entretiene. Yo por mi parte, me encargo de acompañarlo á usted á pasear por el mar, de llevarlo á caza... Ya se acordará usted que esta era mi pasion favorita... y que en eso me tengo por maestro... Pues verá usted que soy el mismo... el mismo !

*Clara.* (*Aparte á Hemery.*) No nota usted, en medio de esa afectada alegria, que está sumamente desmojorado?

*Hemery.* (*Aparte observándole.*) En efecto !

*Pablo.* ( *Aparte.* ) Por qué me mirará tanto?... Se hablan en secreto... Dios mio!.... esta repentina llegada de Hemery !.... Habrán sido inútiles mis esfuerzos por disimular...

*Forestier.* ( *Aparte á Pablo.* ) Chit!..... que no estamos solos!

*Hemery.* Y nada me dices de tus progresos en la pintura ! Te acuerdas cuando decías que querias llegar á ser otro Rafael?

*Pablo.* Tanto como eso, no!... Pero no abandono los pinceles... y quién sabe!... Todavia soy jóven... me queda mucho que vivir!...

*Clara.* (*Aparte á Hemery.*) Mire usted!... y apenas puede tenerse en pie!

*Pablo.* (*Aparte.*) Las miradas penetrantes de Hemery, me desconciertan!... Ah! no hay duda: por mí, por mí ha venido!— (*Animándose.*) Oiga usted, señor Hémery: sabe usted que es obra haberse andado cerca de cien leguas, solo por el gusto de dar un abrazo á un amigo!... Porque segun usted me ha dicho, no trae otro objeto.

*Hemery.* Sí: traigo otro.

*Pablo.* Otro?

*Hemery.* Vengo á reñir con un señorito testarudo, que se ha empeñado en no casarse con una joven que yo quiero mucho.

*Pablo.* Por Dios, Hemery, no toquemos ese punto!

*Hemery.* Bien, ahora no; no es cosa de llegar regañando... y para huir de la tentacion, voy antes de comer. á dar un paseo por el puerto.

*Clara.* No tarde usted.

*Hemery.* (*A Forestier.*) Se queda usted, compañero? (*Le da la mano.*) Si no nos vemos, buen viaje.

*Pablo.* (*A Forestier.*) Se marcha usted?

*Forestier.* Por dos dias no mas.

*Hemery.* A la vuelta, haremos conocimiento mas despacio.

*Forestier.* Tendré mucho gusto.

*Hemery.* Adios, Pablo.

*Pablo.* (*Dándole la mano.*) Y que se pase el enfado. (*Aparte.*) Gracias á Dios! (*Hemery y Clara se van por el foro hablándose en secreto. Lo puerta se cierra.*)

## ESCENA XIII.

PABLO. FORESTIER.

(*Apenas se han ido, Pablo se deja caer desfallecido en un sillon.—Forestier está retirado en el fondo.*)

*Pablo.* Ay!.... qué cansada ficcion! Estar uno muriéndose, y tener que aparentar alegria y salud!.... Reir, cuando las lágrimas me ahogan!... Ah! gran valor se necesita... y sobre todo, querer mucho á su madre!

*Forestier.* (*Aparte.*) Aun tiene mi carta... Si llega á

caer en manos de Hemery, tendria por un delito enorme su contenido... y se acaba mi reputacion...—A toda costa, debo apoderarme de esa carta. (*Acércase lentamente á Pablo.*)—Pablo!...

*Pablo.* (*Volviéndose y echándose en sus brazos.*) Ay! amigo mio!

*Forestier.* Vamos, serénese usted.

*Pablo.* Qué es esto, Forestier?... Mi madre sabe el secreto!... Y Hemery ha venido aqui llamado por ella!.. No es verdad esto?... confiéselo usted.

*Forestier.* Pues bien, es verdad... Su madre de usted le ha llamado; porque sus imprudencias de usted la han descubierto parte del secreto.

*Pablo.* Dios mio!..

*Forestier.* (*Con severidad.*) Vamos!... cálmese usted.... y respóndame.—Pablo, usted me ha engañado: esa carta que yo le mandé quemar... y que sirve de alimento al dolor continuo que usted esperimenta..... esa carta que usted me ofreció echar al fuego...

*Pablo.* Qué?

*Forestier.* Aun la tiene usted consigo.

*Pablo.* Quién se lo ha dicho á usted?

*Forestier.* Su madre.

*Pablo.* Mi madre! (*Aparte llevando la mano al seno.*) La habré perdido? No: aquí está!

*Forestier.* Su madre de usted, que no le pierde de vista, que le acecha continuamente... y le ha visto á usted leerla y bañarla con sus lágrimas.—(*Acercándose á él.*) A qué la lleva usted ahí?...

*Pablo.* (*Alejándose de él, y cruzando los brazos sobre el seno.*) Déjeme usted!.. esta carta es mia y no la soltaré sino con la vida!

*Forestier.* Y si la perdiera usted?

*Pablo.* (*Aterrado.*) Si la perdiera!

*Forestier.* Sí: si cayera en manos de su madre de usted, que tanto está padeciendo!...

*Pablo.* Me estremece usted!

*Forestier.* Entonces maldeciria usted su imprudencia... y ya seria tarde!

*Pablo.* Ah! sí... ese golpe la quitaría la vida!... Tiene usted razon amigo mio! Sí, si... voy á destruir esta sentencia de muerte... (*Buscándola con precipitacion.*)

*Forestier.* (*Aparte.*) Gracias á Dios!

*Pablo.* ( *Deteniéndose y con delirio.* ) No, no!... su sitio es este!... aqui sobre mi corazon... hasta que dé el último latido! A ella debo que se abrevie mi vida... sí! con su lectura apresuro mi muerte... lo conozco!... y por eso la tengo cariño, y la guardo... la guardo aqui... (*Vuelve á caer en el sillon.*)

*Forestier.* (*Aparte.*) Es inútil insistir por ahora.

*Pablo.* Siente usted que se la niegue, nó es verdad? Ah! perdone usted, amigo mio!... debiéndole tantas atenciones!...

*Forestier.* Esto lo hago por evitar un disgusto mortal á su madre de usted...

*Pablo.* Ya lo conozco! y por qué lo habia usted de hacer? Ah! usted mi único amigo!... la única persona en cuya presência puedo hablar con libertad y dar rienda suelta á mis lágrimas! A usted le debo la felicidad de Ernestina... Dios se ha valido de usted para preservar á ese angel de la desgracia de ser esposa mia.

*Forestier.* Y Dios me ayudará, asi lo espero, á conseguir su completa curacion de usted.

*Pablo.* Ah! si fuera posible!... Pero no; este rostro descarnado, este volcan que me abrasa el pecho son síntomas infalibles!... así lo dice usted en su carta... y así lo he visto yo en este libro de medicina que he logrado adquirir, y que leo con ansia todos los dias.

*Forestier.* Pablo!... deje usted ese libro!... eso no hace mas que agravar su situacion.—Ya es tarde: voy á despedirme de su madre de usted.—Adios amigo mio: cuidado! disimule usted delante de ella...

*Pablo* Sí: yo fingiré cuanto pueda... pierda usted cuidado!

*Forestier.* (*Acercándose á él.*) Si quisiera usted dar oidos á la razon... romperia esa carta...

*Pablo.* Bien: ya veremos... cuando usted vuelva...

*Forestier.* Reflexione usted que enseñársela á Hemery es lo mismo que enseñársela á su madre de usted, y que la pobre no sobreviria...

*Pablo.* No tema usted: este secreto morirá conmigo.

*Forestier.* Prudencia!—Adios. (*Vase por el foro.*)

## ESCENA VIII.

PABLO. *Luego* CRISTOBAL.

(*Pablo. Despues de una larga pausa va lentamente hácia la chimenea, alza los ojos con temor, se mira al espejo, y se estremece.*)

*Pablo.* Este espejo me demuestra de dia en dia los progresos de mi mal! Estoy mas pálido... los ojos mas hundidos que ayer. (*Se aparta y se dirige á un sillon, tomándose el pulso.*) Esta calentura continua, que dia y noche me abrasa las entrañas! (*Siéntase con la vista fija.*) Conque no hay esperanza! (*Despues de una pausa, mete la mano en el seno y saca la carta.*) Aqui está la carta fatal! (*La abre.*) Cada una de sus palabras está grabada aqui!... y sin embargo, no puedo apartar de ella mis ojos... leerla... y releerla... y guardarla, para leer en mi libro... esta es mi vida! (*Leyendo.*) Esta enfermedad es hereditaria... y si ha habido alguna escepcion... no será Pablo una de ellas.—(*Se cubre el rostro llorando.*) Dios mio! Dios mio!... (*Despues de una pausa.*) A mi edad! Teniendo madre!... amando... y viéndome amado! (*Con desesperacion.*) Ah! esto es horrible!... horrible... (*Se levanta y cavila.*) Lo que me ha dicho Forestier... si esta carta se me estraviase... Si mi madre, mientras estoy durmiendo... Ah! yo daria mi vida por enjugar sus lágrimas! — (*Mirando al rededor.*) Dice bien Forestier... este secreto no está aqui seguro... (*Recorre el cuarto y se fija en la papelera.*) Aqui tal vez...

*Cristobal.* (*Saliendo por la derecha.*) Pues señor, ya están acomodados los baules del husped.

*Pablo.* Quién es?... Ah! Cristobal... (*Oyense voces dentro.*)

*Cristobal.* Qué es eso?... quien grita?...

*Clara.* (*Dentro.*) Por Dios! concedame usted un dia... un dia no mas!... para que no lo presencie mi hijo!...

*Pablo.* Qué oigo! (*Corre á la puerta del foro la abre, y aparece Clara.*)

## ESCENA IX.

DICHOS.—CLARA. *Luego Hemery, y el juez con sus dependientes.*

*Clara.* Aléjate, Pablo!... aléjate!...

*Pablo.* Madre!... qué nos sucede?

*Clara.* (*Queriendo llevárselo.*) Ya lo sabrás... ven... ven...

*Pablo.* No, madre, no; aqui me quedo... (*Viendo salir á los demas.*) Qué veo! El juez!... vienen á despojarnos!... (*Abrazando á Hemery.*) Amigo mio! madre mia!... esto es hecho: la ruina!... la miseria!...

*Hemery.* (*Aparte.*) Infeliz!

*Clara.* (*Aparte.*) Este golpe lo mata! (*Pablo se pasea respirando con fatiga.*)

*El juez.* Disimule usted, señora, si el deber de mi ministerio me obliga á dar este paso. Pero en nombre de la ley, vengo á sellar todos los muebles y efectos de esta casa.

*Pablo.* Pero mi madre habia pedido otra próroga, y esperábamos...

*El juez.* El señor Duvril no ha querido acceder.

*Hemery.* (*Aparte.*) Ah! no tener yo con que salvarlos!

*Pablo.* (*Desesperado.*) Dios mio! la miseria!

*Clara.* Cumpla usted... cumpla usted con la ley!

*El juez.* (*Indicando á sus dependientes el cuarto de la izquierda.*) Empecemos por ese cuarto.

*Pablo.* (*Poniéndose delante.*) Deteneos!... ese cuarto es sagrado, en él murió mi padre!

*Clara.* (*Apartándolo.*) Pablo, Pablo!

*Hemery.* Serénate, hijo mio! (*El juez entra en él con sus dependientes.*)

*Pablo.* Sí, sí; verdad es!... no hay remedio, todo es inútil ya! Resignacion, madre mia, resignacion! (*Con desesperacion.*) Pero Dios mio, no es la miseria solamente lo que nos espera; es la deshonra tambien!

*Clara.* La deshonra?

*Pablo.* Sí, la deshonra! porque si no alcanza lo que poseemos á pagar nuestras deudas, entonces una quiebra es inevitable, y una quiebra es la deshonra, es la infamia!

*Clara.* Hijo mio!

*Pablo.* (*Con delirio que va en aumento.*) Maldígame usted, madre mia, porque he faltado á mi deber, porque en vez de trabajar para evitar nuestra ruina he malgastado mi vida en fútiles tareas, y no puedo ahora salvar á mi madre!

*Hemery.* Qué agitacion!

*Clara.* Pablo, por piedad!

*Pablo.* Pero qué digo!... trabajar!... puedo yo acaso trabajar, cuando he perdido el aliento y las fuerzas desde que he sabido el horrendo destino que me aguarda?

*Clara.* (*A Hemery.*) Lo oye usted?

*Pablo.* (*Delirando.*) Hemery, usted es ya mi única esperanza; llame usted en mi ausilio su cariño y su ciencia: yo quiero vivir, lo oye usted? quiero vivir para que mi madre no pida limosna, para que el nombre de mi padre no se vea deshonrado! (*Arrodillándose.*) Hemery, un milagro, un milagro si es preciso! deme usted la salud, la vida! La vida, Hemery, la vida!

*Hemery.* (*Levantándole.*) Levántate, Pablo, vuelve en tí!

*Pablo.* (*Recorriendo la escena.*) Y Forestier me abandona! Dónde está? dónde está? Forestier! amigo mio! (*Con gritos de desesperacion.*) Ven, ven á curarme!... que gane yo un pedazo de pan para mi madre! (*Detiénese de repente, lleva la mano al pecho; luego á la frente, y dice desfalleciendo.*) Ah! qué angustia! me abraso, me ahogo! (*Arrancándose la corbata.*) Me ahogo, madre mia! Hemery, socorro, socorro! (*Cae en sus brazos.—El juez y sus dependientes salen por la puerta de la izquierda y se entran por la de la derecha.*)

*Clara.* Gran Dios! Se ha desmayado!

*Hemery.* (*A Cristobal.*) Ayúdame á llevarlo á su alcoba.

*Clara.* Será esta crisis mortal? (*Hemery y Cristobal se llevan á Pablo por la puerta de la izquierda: Clara los sigue.—El juez y los dependientes vuelven á salir.*)

*El juez.* Infeliz! este golpe le ha trastornado! Respetemos su dolor! (*A los dependientes.*) Vamos ahora á los talleres, y despues vendremos á concluir la operacion por este cuarto. (*Vanse por el foro á tiempo que sale Ernestina con una cartera en la mano.*)

*Ernestina.* (*Viéndolos.*) Ah, no me han engañado!

## ESCENA X.

ERNESTINA. CRISTOBAL. *Luego* HEMERY *y* CLARA.

*Ernestina.* Dónde está Pablo? Dónde está su madre?
*Cristobal.* Mas bajo, señorita, mas bajo!
*Ernestina.* Quiero verlos, quiero hablarles ahora mismo!
*Cristobal.* Por ahora es imposible. El señor Pablo se ha sentido indispuesto: el huesped y la señora estan con èl.
*Ernestina.* Pablo está indispuesto? Ah! la noticia de su ruina sin duda! No importa: yo quiero entrar. (*Viendo salir á Hemery.*) Ah! amigo mio! Ya sé lo que pasa; cómo sigue?
*Hemery.* (*A media voz.*) Está mejor: pero este accidente le ha rendido. Apenas ha vuelto en sí se han cerrado sus ojos otra vez, pero no hay peligro; se ha quedado dormido.
*Ernestina.* Mejor; así no tendré que convencer sino únicamente á su madre.
*Clara.* (*Saliendo.*) Tú aquí, Ernestina? Tú, en este momento!
*Ernestina.* En este momento mi puesto es al lado de usted; pero vengo, no á llorar con usted, sino á salvarla.
*Clara.* Qué pretendes?
*Ernestina.* Esta cartera es de usted?
*Clara.* Qué estás diciendo, Ernestina?
*Ernestina.* En nombre de aquel que las dos amamos! en nombre de Pablo! Tómela usted! Ah, tómela usted!
*Clara.* Gracias, hija mia! Gracias por Pablo y por mí!
*Ernestina.* La acepta usted?
*Clara.* (*Rehusando con dulzura.*) Aparta!
*Ernestina.* Qué hace usted?
*Clara.* Lo que haria Pablo; rehusarlo!
*Ernestina.* Ah! no me de usted esta nueva pesadumbre.
*Clara.* Debo hacerlo.
*Ernestina.* (*A Hemery.*) Ve usted esto, amigo mio!
*Hemery.* Y lo apruebo, Ernestina.
*Ernestina.* Tambien usted.
*Clara.* Lo que mi hijo podia recibir honrosamente de su esposa, no puede aceptarlo de Ernestina de Sevrin.

*Ernestina.* Pero si esto no es mas que un préstamo que yo hago á ustedes!

*Clara.* Préstamo, que acaso nunca podriamos pagar.

*Ernestina.* Dios mio! Pero el deber de una hija es socorrer á su madre, y usted me ha llamado muchas veces hija.

*Cristobal.* Vamos, señora; el juez anda por los talleres: le llamo?

*Ernestina.* Madre mia!

*Clara.* Dejadme, dejadme! El honor me manda rehusar. (*Empieza á oscurecer.*)

*Hemery.* (*Mirando adentro.*) Chit, silencio! creo que sale.

*Clara.* (*Mirando.*) Ya se ha despertado! (*Acercándose á la puerta.*) Lo ve usted? Lo mismo está que la otra mañana. (*Todos fijan sus ojos en la puerta de la izquierda.*)

*Clara.* Hemery, observe usted; el rostro inmóvil, los ojos fijos! (*Aquí aparece Pablo en el umbral de la puerta á medio vestir, pálido, desencajado, con los ojos muy abiertos, fijos, y casi saltando de sus órbitas. Da algunos pasos y se detiene.*)

## ESCENA XI.

DICHOS.—PABLO.

*Clara.* (*Acercándose á él.*) Pablo, Pablo! No me oye! Dios mio! habrá perdido la razon?

*Hemery.* (*A media voz.*) Silencio! (*Examinándole.*) Chit! está dormido, está dormido! (*Todos se alejan.*)

*Clara.* Dormido, dice usted?

*Hemery.* Sí.

*Ernestina.* Desgraciado!

*Hemery.* Chit... (*Un momento de silencio.—Pablo da algunos pasos mas con mucha pausa y se detiene.*)

*Pablo.* Le he prometido no llevarla mas conmigo... Veamos... Dónde la esconderé?—Estoy solo... mi madre y Hemery estan durmiendo... Busquemos pronto un sitio...

*Clara.* (*En voz baja.*) Está hablando de la carta.

*Hemery.* Silencio. (*Pablo da vuelta á la escena parándose delante de cada mueble.*)

*Pablo.* No... aqui no... tampoco... aqui tampoco... ni aqui.

(*Llega frente de la papelera y se para.*) Sí... aquí... en esta papelera... la llave va siempre conmigo... aquí estará segura. (*Mira con recelo al rededor.*)

*Clara.* Dios mio, haz que no se despierte!

*Hemery.* Chit!

*Pablo.* No hay nadie. (*Sacando una llave del bolsillo.*) Démonos prisa. (*Mete la llave en la cerradura y se vuelve á escuchar.*) Me pareció que sentia pasos... (*Abre la papelera: mete la mano en el seno y la retira con prontitud.*) No me engaño!.. Alguien viene. Ernestina! Ah! el cielo la envia! (*Da algunos pasos como si saliera á su encuentro: todos siguen sus movimientos con ansiedad y silencio.*)

*Clara.* (*A media voz.*) Me da miedo!

*Pablo.* (*Creyendo hablar con Ernestina.*) Dame la mano.— Tú has llorado! Pobre Ernestina! Tampoco tú eres feliz! Escucha: voy á confiarte un gran secreto! Pero no se lo digas á nadie... ni á mi madre... porque se moriria!

*Ernestina.* Oigamos.

*Pablo.* Acércate... tú habrás creido que soy un ingrato? que ya no te amo? Te equivocas! te amo siempre, pero no puedo ser tu esposo... seria un crimen!

*Clara.* Un crimen! (*Todos se acercan.*)

*Pablo.* (*Sacando la carta del seno.*) Esta carta te lo esplicará todo.

*Clara.* La carta!... (*Va á arrancársela.—Hemery la detiene.*)

*Pablo.* Lee. (*Alarga la mano como si la presentara una carta abierta para que la leyese, y dice luego.*) Mucho debe querernos, no es verdad? para haber escrito esta carta? Con ella ha impedido nuestra boda. Ernestina, con él te debes casar, entiendes? Con él!

*Ernestina.* De quién está hablando?

*Pablo.* (*Doblando la carta.*) Ya has conocido que no puedes ser mi esposa. Todos aquí creen que rehuso tu mano porque estoy arruinado... Bien: no los desengañes. (*Va á la papelera, abre un cajon y coloca en él la carta.*) Mira; ves?... aquí escondo la carta: no se lo digas á nadie! (*Cierra la papelera y da un paso olvidándose de quitar la llave.*)

*Clara.* Ah! se deja puesta la llave! (*Va á tomarla; pero*

*Pablo se vuelve repentinamente y la quita, antes que ella llegue.*)

*Pablo.* Ah! me dejaba la llave... Cómo tengo la cabeza! (*Guarda la llave en el bolsillo. Luego echa á andar como para despedir á Ernestina.*) Adios, Ernestina: me prometes casarte con él?... Vamos, no llores! Adios, yo me voy á seguir mi cuadro: me dan por él 200 francos, que serán para mi madre.—Adios... Dame un abrazo. (*Hace ademan de abrazarla.*) Este beso en la frente, es un beso de hermano, Ernestina! (*Da un beso como si fuera en la frente de Ernestina.*) Adios!—(*Diríjese á su alcoba y dice al entrar.*) He cumplido mi deber! (*Así que desaparece, Clara se precipita hácia la papelera.*)

*Clara.* Cómo abrimos esta papelera?

*Cristobal.* Cómo? (*Sacando la navaja.*) Ahora lo verá usted!

*Hemery.* Despacha, no se dispierte!

*Cristobal.* (*Metiendo la navaja entre las dos hojas de la papelera.*) Hola! te resistes? (*Apretando.*) A buena parte!

*Clara.* Vamos, aunque la hagas pedazos!...

*Cristobal.* (*Haciendo saltar la cerradura.*) Ya está! (*Apenas se abre la papelera Hemery se pone á registrarla: á su lado estan Clara y Ernestina temblando de impaciencia.*)

*Clara.* En ese cajon, en ese!

*Ernestina.* Ahí está!

*Hemery.* (*Sacando la carta.*) Una luz, pronto! (*Cristobal echa á correr por luz.—Hemery abre entre tanto la carta y los tres quieren en vano leerla.—Sale Cristobal con luz.*)

*Hemery.* (*Apenas asoma la luz.*) De Forestier!

*Todos.* De Forestier! (*Silencio profundo: todos rodean á Hemery.*)

*Hemery.* (*Despues de leer para sí, esclama:*) Infame!... Infame!...

*Clara.* Qué dice? (*Le arranca la carta y ella y Ernestina devoran su contenido.*)

*Hemery.* Infeliz Pablo!.... he aqui el secreto de su lenta agonía!

*Clara y Ernestina.* Ah! qué horror!

*Hemery.* (*Con calor.*) Ah! bien sabia yo que la enfermedad de su padre no se habia transmitido á él!..... Madre infeliz, alienta!..... ya tienes hijo!..... Pablo vivirá! — Forestier, nos veremos!..... Yo mismo, con esta carta en la mano, te pediré cuenta de los tormentos de tu víctima!... Asesino!... nos veremos!... (*Clara y Ernestina están de rodillas, alzando las manos al cielo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# Acto tercero.

La misma decoracion del acto segunto. — Los muebles estan precintados con fajas blancas.

## ESCENA PRIMERA.

PABLO.

*Pablo está dormido en un sillon, junto á un caballete, en el cual hay un cuadro.*

(*Soñando.*) Por este cuadro... 200 francos... para mi madre... Sí!.. pero... y mi carta?... (*Despertando de repente y saltando del sillon.*) Mi carta! Dónde está mi carta?... (*Mirando asombrado al rededor.*) Qué es esto?... Dónde estoy? Ah!.. ya me acuerdo... estaba trabajando, y el cansancio me rindió. Estas dos noches de insomnio y de delirio han agotado mis fuerzas. (*Despues de una pausa.*) Y mi carta?.. la he perdido?... ó me la habrá quitado mi madre?.. Ah! no lo quiera Dios! (*Mirando al rededor.*) Pero dónde la he puesto? Desde ayer estoy registrando sin cesar todos los rincones de mi cuarto... todos los sitios del jardin... y en ninguna parte la encuentro. (*Registrándose maquinalmente los bolsillos.*) Si yo la hubiera escondido en algun parage... me acordaria en dónde... Nada; no recuerdo. (*Da la vuelta á la escena, se para delante del caballete, registra el carton de los dibujos, y la caja de colores.*) Nada, nada. (*Sigue recorriendo la escena, se para frente á la papelera, y despues de una pausa, dice con agitacion.*)

Sí, sí... Dos dias hace... se me ocurrió la idea de guardarla en esta papelera... y aun creo... Tengo así... un recuerdo vago... confuso... (*Registrándose de repente.*) Pero aqui debo de tener la llave... (*Sacándola.*) Esta es. (*Corre á la papelera, y al ver la faja blanca sellada, retrocede.*) Ah! está sellada por la justicia!.. ya no me acordaba. (*Mirándola.*) Sí, ahí está... ahí está mi consuelo... mi inseparable compañera... la que abreviaba mi vida y mis tormentos... ahí está sin duda... y una ley cruel no me deja cerciorarme de ello! una ley que dice: «galeras perpetuas al que rompa un sello puesto por la justicia.» (*Alejándose con terror.*) Ah! qué horror!.. (*Despues de una pausa, fijando desde lejos los ojos en la papelera.*) Sí... estoy seguro... alli la guardé... ya me acuerdo. A lo menos alli no podrá verla mi madre. Pero... y si me engaño? Ah! Forestier me lo predijo. Dios mio! por qué no habré seguido su consejo? por qué no la habré echado al fuego?—Quién viene?

## ESCENA II.

PABLO. CRISTOBAL.

*Cristobal.* (*Saliendo con precaucion.*) Nadie. Soy yo: vengo á ver si el señor doctor se ha levantado.

*Pablo.* Mira: dentro de poco debe llegar el señor Forestier: en cuanto le divises, ven á avisarme. Quiero hablarle en particular antes que le vea mi madre, ni el señor Hemery, estás? (*Toma la paleta y los pinceles.*)

*Cristobal.* Sí, señor, estoy. (*Aparte.*) Ya lo creo que estoy, pero es en avisar al huésped, que así me lo han mandado.

*Pablo.* (*Aparte, pintando.*) Estoy por preguntar á este... No sé si me atreva...

*Cristobal.* (*Aparte.*) Eh! ya está hablando solo.

*Pablo.* (*Afectando indiferencia.*) Hombre, se me habia olvidado preguntarte... Díme: tú... andando por la casa... no has encontrado una carta?

*Cristobal.* (*Aparte.*) Atencion!—Carta? Nada: ni siquiera un papelillo así.

*Pablo.* Una carta... Con sobre á la señorita Ernestina...

*Cristobal.* Con sobre á?.. Nada: ni muerta ni viva. (*Aparte.*) Miento soberbiamente.

*Pablo.* (*Tirando los pinceles.*) Ah! esto es mucho padecer!... No puedo vivir con semejante duda. (*Se dirige resuelto á la papelera.*)

*Cristobal.* (*Asustado, deteniéndole.*) Qué va usted á hacer? Está usted loco?

*Pablo.* (*Fuera de sí.*) Déjame.

*Cristobal.* (*Poniéndosele delante.*) No señor... aunque falte al respeto... no lo consiento.

*Pablo.* Te digo que quiero abrir esa papelera, y la abriré.

*Cristobal.* Pues yo le digo á usted que no la abrirá... Y no la abrirá usted, porque si la abre, vendrá la justicia, y usted y su madre irán á galeras.

*Pablo.* (*Retrocediendo.*) Mi madre!.. (*Aparte.*) Miserable! qué iba yo á hacer! (*Desesperado.*) Ah, estoy fuera de mí!

*Cristobal.* Vaya un capricho!

*Pablo.* Cristobal.. por Dios... no cuentes esto; no aflijas á mi madre. Olvida lo que acaba de pasar... yo estaba loco!

*Cristobal.* No tenga usted cuidado: no hablaré. Ademas, que el hablar mucho... (*Tose.*) es cosa que me hace daño al pecho.—Ea, entre usted que ya tiene ahí el desayuno.

*Pablo.* Llévate el caballete, y todo lo demas; que ya no tardará en venir mi madre... y no quiero que conozca que paso las noches en vela. (*Cristobal se lleva dentro el caballete, paleta, pinceles y demas; y vuelve á salir.*)

*Cristobal.* Ay!... vamos, no puedo hacer fuerzas, porque al instante... Conque vaya usted á desayunarse.

*Pablo.* (*Aparte yéndose.*) Ah! si Hemery pudiera curarme...

## ESCENA III.

CRISTOBAL, *luego* HEMERY.

*Cristobal.* No sé yo cual de los dos está mas enfermo. Me parece que soy yo.—Esta hambre, señor... esta hambre que tengo no puede ser buena. El médico me ha man-

dado que me humedezca mucho... (*Sacando una botella.*) pero nada... yo estoy lo mismo siempre. (*Bebe y tose.*) Y esta tos... (*Vuelve á beber.*) Ya va pasando. — Si este otro médico me viera despacio, puede que me mandara algo.... (*Viéndole salir.*) Aqui viene!... voy á consultarle.

*Hemery.* Hola!

*Cristobal.* (*Aparte.*) Ya me ha visto; ánimo.

*Hemery.* (*Aparte.*) Ya me pilló este majadero.

*Cristobal.* (*Aparte.*) Cómo me ha mirado!...

*Hemery.* Qué buscas aquí?

*Cristobal.* (*Tosiendo.*) Mire usted qué pecho este.

*Hemery.* (*Aparte.*) Yo le espantaré.—Tú comes mucho.

*Cristobal.* Sí, señor; pues ese es mi mal.

*Hemery.* Bien. Pues desde hoy dieta.

*Cristobal.* Eh?

*Hemery.* Dieta absoluta, y beber... agua.

*Cristobal.* Agua?.. Diga usted, y no habria otro remedio equivalente?...

*Hemery.* No. Y púrgate dos veces al dia.

*Cristobal.* (*Aparte.*) Ay, Jesus! Vamos, este médico no conoce mi naturaleza. Me gusta mas el otro.

*Hemery.* Ea, anda á la botica por dos onzas de ruibarbo, y tómatelo en dos veces.

*Cristobal.* Voy, voy. (*Aparte yéndose.*) No conoce mi naturaleza.

## ESCENA IV.

HEMERY.

Gracias á Dios que me veo libre de él. (*Saca el reloj.*) Las diez: ya no tardará en llegar Forestier, y quiero aprovechar el tiempo para preparar á Pablo á la escena en que me prometo desengañarle de la ciega confianza que ha depositado en ese infame. El, como está seguro de que su fatal secreto no se ha traslucido, vendrá tan sereno... y aqui le espero yo á pie firme! Aqui, subyugado de repente por la acusacion de un hombre honrado, no tendrá valor para negar su crímen.—Pero, y si conoce el lazo?... si persiste en su opinion?... entonces cómo le confundo? En medicina.... en esta ciencia

oscura y problemática, todo se puede sostener... y á veces se necesitan siglos para probar que es un error lo que pasaba por una verdad. Si no convenzo á ese impostor... qué haré, Dios mio! Cómo he de curar la imaginacion del pobre Pablo?... Porque ya no me cabe duda, lo que él tiene enfermo es la imaginacion... La imaginacion le mata... y le mata sin remedio! Cómo le convenzo yo de que ha heredado la constitucion robusta de su madre?.. Imposible! El ha creido ciegamente esa vulgaridad que está acabando con su vida, y no habrá quien le persuada... — En el último caso, solo queda el medio que me atreví á indicarla anoche á su madre... Solo asi lograriamos que su imaginacion se convenciera por sí misma... Pero la pobre se estremeció cuando se lo propuse. No lo estraño!... el sacrificio es terrible para una madre! En fin, veremos: Dios querrá que no tenga la infeliz que apelar á él... y que los remordimientos roan el corazon del asesino! — Aquí viene Pablo... — Dios mio, qué abatido está!

## ESCENA V.

HEMERY. PABLO.

(*Pablo sale sin ver á Hemery: se para y mira el reloj.*)

*Pablo.* Ya no puede tardar Forestier. (*Sentándose.*) Qué dirá!... qué dirá cuando sepa que he perdido... (*Toma maquinalmente el espejo y se mira.—Hemery le observa.*) Cada vez mas pálido... (*Deja el espejo: saca del bolsillo un libro, y se pone á leer con interes.*)

*Hemery.* (*Aparte.*) Qué libro será ese que lee con tanta atencion?

*Pablo.* (*Para sí.*) Sí... sí... esto es.

*Hemery.* (*Aparte.*) Será el que me ha dicho su madre.

*Pablo.* (*Para sí.*) No hay un solo síntoma de los que dice el libro que no sienta yo en mí.

*Hemery.* (*Que se ha acercado por detras.*) Los libros de medicina... (*Quitándoselo.*) son buenos para los médicos y para los enfermos: los sanos no los necesitan para nada.

*Pablo.* (*Levantándose.*) Qué hace usted, Hemery?... (*Mirándole.*) Qué quiere usted decir con eso?

*Hemery.* Quiero decir que si continuas asi vas á quitar la vida á todos los que te rodean: quiero decir, que á fuerza de cavilar que estás enfermo, acabarás por estarlo, si no tomo yo mano en esto.

*Pablo.* Hemery... Usted tiene mi carta! Vuélvamela usted, júreme usted por lo mas sagrado que hasta mi última hora no sabrá mi madre la prediccion que hay en ella escrita.

*Hemery.* Volvértela?... Eso no.

*Pablo.* No?... Pues á lo menos júreme usted que la quemará!

*Hemery.* Despues: por ahora no, porque me hace falta.

*Pablo.* Dios mio! qué va usted á hacer con ella?

*Hemery.* Tranquilízate: me crees capaz de quitar la vida á tu madre?

*Pablo.* (*Abrazándole.*) Ah, perdon!.. usted hará de modo que no vea sus lágrimas y su desesperacion. Puesto que ha leido esa carta, ya sabe usted cual es mi situacion.

*Hemery.* (*Con dolor.*) Sí; ya sé... ya sé que eres juguete de un hipócrita infame! de un miserable que abusa de tu credulidad para asesinarte!

*Pablo.* Forestier asesino!...

*Hemery.* Ernestina es joven... es hermosa... es rica... oyes esto? es rica!... y aun no conoces la perfidia?.. aun no ves el lazo en que miserablemente has caido?.. aun no ves la tumba en que quiere ese hombre sepultarte, para que le quede el campo libre?

*Pablo.* Ah! No diga usted eso.

*Hemery.* Si tú estuvieras en estado de oirme, yo te probaria que el mal está solamente en tu imaginacion..... Pero seria inútil.... seria perder el tiempo.... Necesitas otra prueba, y con el ausilio de Dios, la recibirás en breve de la misma boca del criminal.

*Pablo.* (*Ofuscado.*) Oh, es imposible!... (*Llevando la mano al pecho.*) Aqui siento yo comprobadas sus palabras!

*Hemery.* Silencio! alguien viene... Es tu madre.

*Pablo.* Ah! por piedad, Hemery... que no descubra nada.

## ESCENA VI.

DICHOS. CLARA. *Luego* CRISTOBAL.

*Clara.* A usted venia buscando, Hemery... Adios, hijo mio.

*Pablo.* Buenos dias, madre.

*Clara.* (*Con intencion.*) El señor Leonardo, el agente de Duvril quiere hablarme... (*Aparte y de prisa.*) Forestier ha llegado... Acaba de apearse.

*Hemery.* (*Aparte.*) Bien.

*Clara.* Qué opina usted de esta peticion?

*Hemery.* Que debe usted concebir esperanzas de esa entrevista.

*Pablo.* (*Aparte cavilando.*) Forestier asesino!...

*Cristobal.* (*Saliendo.*) Me ha llamado usted?... (*Haciendo señas.*) Se le ofrece á usted algo? (*Aparte á Hemery.*) Ahí está Forestier... me viene siguiendo.

*Hemery.* (*Aparte.*) Bien está.—Qué dices, hombre?... yo no te he llamado.

*Cristobal.* No?... mire usted que demonio!... Pues se me figuró... (*Aparte.*) Ya está ahí.

*Hemery.* Pues vaya usted, vaya usted á ver qué propone el señor Leonardo.

*Clara.* Sí, sí, voy ahora mismo.

*Hemery.* (*Aparte.*) Detenga usted un momento á Forestier.

*Clara.* (*Aparte.*) Usted es ya mi única esperanza.

## ESCENA VII.

HEMERY. PABLO.

*Hemery.* Pablo!... Forestier ha llegado.

*Pablo.* Ah! por fin...

*Hemery.* Tu madre, que nada sospecha, se ha marchado.—Entra ahí: ahora conocerás quien es Forestier.

*Pablo.* Le digo á usted que es inocente.

*Hemery.* Ya viene... Entra, Pablo, yo te lo pido!

*Pablo.* Bien: obedezco.

*Hemery.* Y te encargo que no hagas el menor ruido que le dé á entender que estás oyendo.

*Pablo.* (*Yéndose á su alcoba.*) Dios mio... si tendrá razon!

## ESCENA VIII.

HEMERY. *Luego* FORESTIER.

*Hemery.* Ahora veremos. Yo te arrancaré la confesion de tu delito.—Aquí está.—Serenidad.

*Forestier.* Acabo de llegar, querido compañero, y mi primera visita es á mis amigos, aun con perjuicio de mis enfermos.

*Hemery.* Mucho agradezco esta preferencia..... tanto mas cuanto que su presencia de usted se ha hecho indispensable en esta casa.

*Forestier.* Indispensable... Cómo es eso? Pues qué... Pablo...

*Hemery.* Pablo está en el mismo estado que usted le dejó.

*Forestier.* Me lo dice usted con un tono...

*Hemery.* Segun usted me aseguró, sus padecimientos son crueles... y si una casualidad... casi providencial, no hubiera venido en su ausilio, dentro de pocos meses Clara Darbois se quedaria sin hijo, y usted sin amigo.

*Forestier.* (*Aparte.*) Yo tiemblo.

*Hemery.* Se estremece usted, no es cierto? Mas vale que se hubiera usted estremecido antes de ahora, y así no padeceria él, ni usted tendria remordimientos.

*Forestier.* (*Turbado.*) Esas palabras...

*Hemery.* Son duras de decir... y penosas de escuchar... pero usted me ha dado derecho de pronunciarlas. Hace dos dias, cuando en esta misma sala me acerqué á usted con lágrimas en los ojos, y le pedí que me declarase la verdad, qué me respondió usted? — No hay remedio para Pablo: lleva en su seno la muerte.—Y sin embargo, dos dias y dos noches de continua observacion me han descubierto claramente que se engañaba usted.

*Forestier.* Ojalá fuese así!

*Hemery.* (*Con mas calor.*) Y lo mas horrible es que su error de usted es voluntario... que tambien á mí queria usted engañarme.

*Forestier.* No le entiendo á usted... (*Afectando sereni-*

*dad.*) Y espero que se sirva esplicarse con mas claridad.

*Hemery.* Tanta es la prisa que tiene usted de caer de rodillas pidiendo á Dios perdon?

*Forestier.* Al contrario: de rechazar una acusacion que me ultraja. Deme usted la prueba de lo que acaba de imputarme... La prueba la exijo al instante.

*Hemery.* Mírese usted á ese espejo, y la hallará escrita en su rostro!—Pero si quiere usted otra. (*Presentándole la carta.*) Ahí está: lea usted!

*Forestier.* (*Aparte.*) Mi carta!

*Hemery.* Me entiende usted ahora? Entiende usted todo lo que yo puedo hacer con esta carta?

*Forestier.* Y esa carta, qué prueba contra mí?

*Hemery.* Un plan infernal... una especulacion infame!— Si usted quiere, aqui mismo, en su presencia, rompo esta carta que le puede perder... con tal que usted se arrepienta y confiese la verdad. No tenga usted vergüenza... estamos solos. Diga usted la verdad. La enfermedad de Pablo es imaginaria..... no opina usted así? Ah! confiéselo usted... yo se lo ruego!...

*Forestier.* (*Aparte.*) Si lo confieso.... quedo deshonrado.... No: ya es tarde. —Señor Hemery, yo no tengo nada que confesar.

*Hemery.* Miserable!.. (*La puerta de la izquierda se mueve.*) Ah! cuánto estará padeciendo! Forestier, nunca da el hombre mayor prueba de valor que confesando una falta: la cobardia es mentir.

*Forestier.* (*Con esfuerzo.*) Lo que he escrito en esa carta... es lo que creo en conciencia.

*Hemery.* Pues bien; en conciencia es usted un asesino!

*Forestier.* Caballero!...

*Hemery.* Silencio! si á su edad de usted hay derecho para atreverse á todo; á la mia hay derecho para decirlo todo! y yo usaré de mi derecho... y usaré de él para decirle á usted que miente! que usted está convencido de que Pablo no tiene semejante enfermedad, no señor, no!... Yo, Hemery... Yo facultativo hace treinta años, yo se lo digo á usted.

*Forestier.* Pues su padre, y su hermano...

*Hemery.* Murieron jóvenes los dos... y por eso ha de estar este destinado á seguirlos? No, señor, no! Esa creencia que corre en el vulgo de que la tisis es here-

ditaria en las familias, no es un axioma, es un error grosero, un fantasma que ha alzado la ignorancia para amedrentar á los crédulos; pero que ya la inteligencia y los progresos del siglo han derribado. Y eso lo sabe usted... No: ahora no puede usted escudar su crímen en la oscuridad de la medicina. — Miserable! ni aun con el amor puede usted disculparse!... no! porque lo que usted ambiciona es el caudal y no el amor de Ernestina... Su caudal, si señor... es usted asesino por dinero!

*Forestier.* Agradezca usted á que respeto su edad, que si no...

*Hemery.* No, señor!... no es mi edad lo que usted respeta, es la verdad!... la verdad que le confunde á usted y le aterra! — Asi es como Paris nos envia nuestros hijos! con el corazon depravado y corrompido!... Asi se ejerce un arte de que pende la salud y la vida de nuestros semejantes! Qué has hecho tú allí? malgastar seis años, al cabo de los cuales, Paris cuenta un ocioso menos, y la provincia un charlatan mas!

*Forestier.* Basta! basta!

*Hemery.* No, no basta! Tú has asesinado á Pablo Darbois, y yo he de asesinar tu reputacion publicando tu crimen. Tiembla! porque yo soy hombre honrado y todos me creerán.

*Forestier.* (*Turbado.*) No mas!

*Hemery.* Y cuando suene tu última hora, sonará en tus oidos una voz tremenda que te grite: no hay absolucion, Forestier! Ya es tarde! Tú has asesinado á Pablo Darbois! Ya es tarde, ya es tarde!

*Forestier.* (*Retrocediendo espantado hasta caer en un sillon.*) Ah! no mas, no mas!

*Hemery.* Forestier! confiese usted la verdad! la verdad por Dios!

*Forestier.* (*Aparte.*) Mi deshonra! no, no! jamás!

*Hemery.* Hable usted.

*Forestier.* Pues bien: la opinion que espresé en esa carta; lo que le manifesté á usted hace dos dias, es la misma que tengo hoy. Eso que he escrito es mi conviccion... podré haberme equivocado, pero asi lo creo; esa es mi conviccion. (*La puerta se mueve con mas violencia.*)

*Hemery.* (*Aparte.*) He querido salvarle, Dios mio, y soy yo quien lo mata!

*Forestier.* Muy en breve verá usted que los resultados...
*Hemry.* Calle usted, calle usted, y no acabe de matarlo!
*Forestier.* Cómo! (*Aparece Pablo á la puerta, pálido y sin poderse tener.—Forestier al verle retrocede espantado.*) Ah! nos estaba oyendo! (*Despues de una pausa dice con voz trémula y sin alzar los ojos.*) No tengo nada que añadir, y me retiro. (*Se va.*)

## ESCENA IX.

HEMERY. PABLO. *Luego* CLARA.

*Pablo.* No le dije á usted que era inocente?
*Hemery.* (*Llorando.*) Ah, malvado!
*Pablo.* (*Cayendo en un sillon.*) Mi esperanza era un sueño! (*Sale Clara: Pablo no la ve ni atiende á lo que pasa.*)
*Clara.* (*A Hemery á media voz.*) Y bien?
*Hemery.* Ese hombre es un monstruo!
*Clara.* No ha confesado?
*Hemery.* Nada.
*Clara.* Y mi hijo es perdido.
*Hemery.* Mas bajo.
*Clara.* Dios mio! y qué hacemos ahora?
*Hemery.* Qué hacemos? Dios se lo ha dicho á usted por mi boca.
*Clara.* Ah, ya recuerdo!... lo que usted me ha propuesto es horrible!
*Hemery.* Sí; es un sacrificio cruel... pero qué no hace una madre por la vida de su hijo?
*Clara.* Sí, sí! que viva! estoy resuelta: retírese usted.
*Hemery.* Valor, señora, y se salva Pablo!
*Clara.* Váyase usted, váyase usted.

## ESCENA X.

PABLO. CLARA.

(*Pablo está sentado.—Clara en el foro se postra y pide á Dios que la dé valor: una pausa.*)

*Pablo.* (*Inmóvil.*) Lo que ha escrito es su conviccion, y el resultado dice que lo comprobará! Y á qué he de es-

perar ese resultado? á qué vivir en esta agonía? (*Se levanta.*)

*Clara.* (*Aparte.*) Ayúdame, Dios mio!

*Pablo.* No puedo yo libertarme por mi mano?

*Clara.* (*Aparte.*) Cielos! un crimen! Ah! ya no vacilo. (*Acercándose á él.*) Pablo! hijo mio!

*Pablo.* Madre!... aqui estaba usted!

*Clara.* (*Aparte.*) Valor!

*Pablo.* Qué tiene usted, madre mia?... está usted fria y temblando! Qué agitacion es esta? qué lágrimas?...

*Clara.* Pablo, tu fatal prediccion se ha realizado!... á la miseria va á seguir la deshonra!

*Pablo.* Cielos!

*Clara.* Lo que poseemos no basta á pagar nuestras deudas, y tu nombre, hijo mio, va á sufrir la deshonra de una quiebra!

*Pablo.* Dios mio, qué delito ha cometido esta familia? qué crimen es el de mi madre para que la castigues á ella con tanta crueldad? Este galardon merece la mas virtuosa de las mugeres? Y yo no puedo hacer nada para salvarla...

*Clara.* Sí, Pablo, sí puedes.

*Pablo.* Ah! no siga usted, que me estremezco. No me hable usted de ese enlace; ese enlace seria un crimen, y yo no quiero salvarla á usted á costa de un crimen.

*Clara.* (*Con calma.*) Tú puedes salvarme, Pablo, sin crimen y sin remordimientos.

*Pablo.* Qué dice usted?

*Clara.* Puedes salvarme, Pablo, porque está en tu mano; porque eres rico.

*Pablo.* Yo, rico? Esplíquese usted.

*Clara.* Tú decias, poco há, Dios mio, qué delito ha cometido mi madre?—Dios te va á responder por mi boca.

*Pablo.* Un delito usted?

*Clara.* (*Aparte.*) Esposo mio, perdóname una mentira que ha de salvar la vida de tu hijo!

*Pablo.* Hable usted.

*Clara.* Sí; pero antes, hijo mio, dame tu perdon, porque voy á clavar un puñal en tu alma y en la mia.... voy á destruir en tí la estimacion y el cariño que tienes á tu madre!

*Pablo.* Qué dice usted? Eso no. Hable usted, madre mia; hable usted... esa riqueza, de dónde ha venido á mí? á quién se la debo?

*Clara.* A una persona que te amaba mucho! Al espirar me entregó esta cartera que contiene cien mil francos, y yo le ofrecí guardarla y no dártela hasta la hora de mi muerte, á menos que una desgracia inesperada no me impusiese el deber de entregarte en vida este depósito.

*Pablo.* Y quién era esa persona que tanto me queria y me legaba ese caudal?

*Clara.* Vas á saberlo, porque ha llegado el momento de entregártelo, y de hacerte una revelacion dolorosa!

*Pablo.* (*Aparte.*) Qué irá á decirme, Dios mio? Qué turbacion es esta que se apodera de mí?—Acabe usted, madre; dígame usted el nombre de esa persona.

*Clara.* Su nombre?

*Pablo.* (*Impaciente.*) Sí, sí.

*Clara.* (*Desfalleciendo.*) Espera, espera...

*Pablo.* Hable usted! esplique usted este misterio.

*Clara.* Pues bien...

*Pablo.* Vamos... quién era?

*Clara.* Era... era tu padre!

*Pablo.* Mi padre! (*Despues de una pausa.*) Cómo? Y por qué causa privó á mi hermano Enrique de esa parte de herencia? Por qué cometió esa injusticia en favor mio?

*Clara.* Por qué?... porque Enrique no era su hijo.—En fin... porque tú, Pablo, no eres hijo de mi esposo! (*Cae de rodillas.*)

*Pablo.* (*Separándose de ella.*) Gran Dios!

*Clara.* (*Aparte.*) Ah! la vida de mi hijo es antes que mi honra!

*Pablo.* Cómo!... el nombre que yo llevo no es el de mi padre?

*Clara.* No, no!

*Pablo.* Y mi madre... mi madre me lo dice! sí, ella! ella misma!

*Clara.* (*Con los ojos bajos.*) Ya que sabes mi delito, Pablo...

*Pablo.* (*Levantándola.*) Madre mia, yo no sé nada! nada mas... sino que un hijo no tiene derecho de juzgar á su madre! (*Abrazándola.*)

*Clara.* (*Aparte.*) Ah! Dios es justo! (*Pablo herido de una*

*idea repentina, se desprende de los brazos de su madre, y se queda inmóvil y agitado.)*

*Pablo.* (*Despues de un momento de cavilacion.*) No era mi padre! Cielos! Qué luz repentina! Yo no soy su hijo! Pues entonces... Gran Dios! qué es esto que siento? (*Se aprieta el pecho con ambas manos: se toca la frente: sus ojos se animan: parece que renace de nuevo á la vida.*) Yo respiro, yo tengo mas vida! Ah! era una impostura! pero silencio, silencio! la honra de mi madre...

## ESCENA XI.

DICHOS. HEMERY. ERNESTINA. CRISTOBAL.

*Clara.* (*Llegándose á él.*) Pablo! mira á Ernestina!

*Pablo.* Ernestina! (*Corriendo á ella.*) Ah! ven acá, esposa mia! Madre, abrace usted á su hija!

*Clara.* Hija mia! (*Se abrazan los tres.*)

*Ernestina.* Madre!... esposo mio!

*Clara.* (*Aparte á Hemery.*) Cuándo le descubrirá usted?...

*Hemery.* (*Aparte á Clara.*) Pronto, pronto! Cuando la cura se complete, yo mismo le descubriré esta sublime mentira, y él y el mundo todo sabrán hasta dónde llega el heroismo del amor maternal!

FIN DEL DRAMA.

ecreto de estado.
orias de un coronel.
po el Veronés.
ijo de la tempestad.
boda improvisada.
elino el tapicero.
dos solterones.
ombre mas feo de Francia
ie toledana.
iglar.
stigo de una madre.
memorias del diablo.
casa con dos puertas.
ar.
ven bofetones.
r en vedado.
orsario.
te por interés.
zar me vuelvo.
buen padre.
itio de Bilbao.
nwell.
lo y Paulina.
ovia de palo.
era, viuda y casada.
rotestante.
lina de Médicis.
aballero de industria.
tobal el leñador.
riela de Belle-Isle.
buelo.
édico y la huérfana.
acto del hambre.
roscripto.
egollacion de los inocentes.
dos celosos.
cómicos del rey de Prusia.
badía de Castro.
hombre de bien.
carcajada.
ro.
secreto de familia.
aventura de Carlos II.
nolinera.
ercader flamenco.
ecretario privado.
isterna de Alby.
cadena.
r y nobleza.
nio Perez y Felipe II.
fo.
r venga sus agravios.
ni.
ler y cobrar el cetro.
ce años despues.
o el novicio.
zelos.
rimito.
lia la cieguecita.
solitarios.
oja y el encojido.
Batuecas.
uñal del Godo.
onia.
nejor razon la espada.
nolino de Guadalajara.
aballo del rey D. Sancho.
ruja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-manía.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Pedro Fernandez.
El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.
Floresinda.
Juan Tenorio.
Periquito entre ellos.
El diplomático.
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pechero.
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

## ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

**12** tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

**56** idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

**30** idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

*Almeria*, Gonzalez.--*Alcoy*, Marti Roig.--*Alicante*, Champourcin.--*Burgos*, Arnaiz.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*; Berard.--*Coruña*, Perez.--*Granada*, Sanz.--*Jaen*, Orozco.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar.--*Murcia*, Gisbert.--*Oviedo*, Longoria.--*Orense*, Novoa.--*Pamplona*, Erasun.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gelabert.--*Santander*, Riesgo.--*Salamanca*, Oliva.--*Sevilla*, Caro Cartaya.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

**Fígaro:** Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

**Alvarez:** Derecho real, dos tomos, 40.

**Rossi:** Derecho penal, dos tomos, 36.

**Astronomía de Aragó:** un tomo, 14.

*Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.*

**Poesias** de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

—— de **D. José de Espronceda:** un tomo, 24.

—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

**Recuerdos y fantasias** por don José Zorrilla: un tomo, 10.

**La Azucena silvestre** por el mismo: un tomo, 12.

**Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch:** un tomo, 20.

**Introduccion** á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

**Coleccion** de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

**Cuentos** fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

**El dogma** de los hombres libres: un tomo, 8.

**El libro** del pueblo: un tomo, 6.

**Respuesta** al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

**Composiciones** del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

**El pobrecito hablador**, por Larra: un tomo, 12.

**Tauromaquia** de Montes: un tomo, 14.

**Memorias** del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

**Arte** de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.